



SEÑORES ACADÉMICOS:

Mi condición inalienable de hombre seco, escaso de imaginación, más castellano que andaluz, aunque de las dos regiones tan diversas pudiera reivindicar naturaleza por partes iguales, explica lo breves y poco expresivas de estas primeras palabras con las que quisiera deciros la profunda gratitud sentida por un honor que juzgo excesivo y fuera de escala con la modestia de mi parva labor. Si así hoy, con sinceridad plena, me lo parece, aún más desproporcionado lo estimé cuando algunos académicos quisisteis anticipar este acto de hoy hace un cuarto de siglo.

Durante toda la vida trasegué esas pócimas, a veces amargas, pero siempre saludables, que hoy llaman introspección y autoanálisis. Aplicadas en este caso, la única explicación que encuentro a que trabajos opacos y llenos de fallos como son los míos hayan merecido vuestra atención es, aparte de la generosa amistad, el propósito de resaltar la fidelidad a una vocación, tan viva hoy como en plena juventud, a la que consagué mi vida, por el estudio y la conservación de los monumentos del pasado.

Niño aún, mis maestros me enseñaron a amar los viejos edificios, testigos elocuentes como pocos del acontecer histórico, la más pequeña de cuyas piedras habla al espíritu de quien los interroga. Quise ser arquitecto, siguiendo una sugestión paterna, para consagrarme a su estudio y conservación con la autoridad técnica — oficial, a lo menos — que ese título podía darme. Tuve la suerte, que juzgo grande, a la que algunos de vosotros — me es grato recordarlo y una vez más agradecerlo — contri-

buisteis, de intervenir en los años más fecundos de mi vida en la reparación de varios de los monumentos españoles de máxima importancia. En la actual y última etapa de mis actividades, apartado — y no por voluntad propia — de esa apasionante labor de medicina arquitectónica, hube de limitarme, ya que no podía colaborar en su conservación, a su estudio.

Pero los viejos edificios, más o menos alterados por el paso de los siglos, en frecuente complicidad con la fiebre destructora y la torpeza humanas, no son más que islotes, testimonios aislados de civilizaciones desaparecidas. Para intentar comprenderlos, es necesario evocar el ambiente en el que se levantaron, reconstituir idealmente el medio capaz de crearlos y el conjunto urbano del que formaron parte. Ésta ha sido mi preocupación en los últimos años, que me hizo pasar del estudio monográfico de los edificios al de la reconstitución de las ciudades en las que estuvieron emplazados, y a interesarme también, aunque es campo desgraciadamente inalcanzable para mí, a causa de fallos de aptitud y formación, por su ambiente y la condición humana de sus pobladores.

Cada día que pasa creo con convicción más firme que el estudio de la Historia, en el más dilatado sentido de la palabra, no puede ni debe fragmentarse. La historia del arte y de la arquitectura, como la de las restantes actividades humanas, si se aíslan, mutiladas, pierden gran parte de su sentido.

Puesto ya en el camino de reflexiones excesivamente personales — contra mi adhesión al discreto consejo de Gracián: «Nunca hablar de sí mismo» —, no he de callar que este acto va unido al emocionado y entrañable recuerdo, siempre vivo, de mi padre, Rafael Torres Campos, hombre de ese siglo XIX al que no podemos nunca aludir despectivamente las gentes de mi generación que tuvimos la suerte de ser guiadas por padres y maestros hacia los que el paso del tiempo fué acrecentando admiración, gratitud y cariño. Hace poco más de medio siglo — el 22 de diciembre de 1901 — leía mi progenitor inmediato su discurso de ingreso en esta Academia y en este mismo lugar. Adolescente, había yo frecuentado el salón en el que nos encontramos, prestado por vuestra Corporación para sus

reuniones a la Real Sociedad Geográfica, de la que mi padre era secretario general.

Algunas noches en que esa Sociedad celebraba conferencias públicas que podían interesar al curioso estudiante de bachillerato que yo era entonces, acudía a este lugar con mi padre, después de recoger en su casa de la calle del Saúco al anciano y medio ciego general Andía, noble y romántica estampa de militar español de las guerras civiles, cuya gallardía física, no disminuía por los años y la falta de vista, emparejaba bien con su caballeridad.

El que gracias a vosotros ingrese hoy en una Corporación a la que perteneció mi padre, acrecienta aun más, si ello fuera posible, mi gratitud, dicha en tan escuetos términos. Nunca he lamentado tanto como hoy mi impotencia para expresarme en forma elocuente y sugestiva. A falta de una labor brillante y de importancia, lo único que puedo ofreceros es una bien modesta, pero asidua y fervorosa, colaboración a vuestras tareas.

No conocí ni aun de vista a mi antecesor en la posesión de la medalla académica, don Armando Cotarelo y Valledor. Su apellido, en cambio, me fué familiar desde la infancia, por el justo renombre de erudición de su padre, cuyas huellas siguió brillantemente. He procurado conocerlo a través de su copiosa y variada obra, de sus muchas publicaciones iniciadas antes de cumplir los veinte años, con las que contribuyó al conocimiento de múltiples aspectos poco o mal estudiados hasta entonces de la historia política y literaria de España, y muy especialmente de Galicia, región en cuyo desarrollo cultural en los últimos tiempos tuvo parte destacada. Fué maestro de múltiples y muy diversas disciplinas: conferenciante, catedrático, filólogo, crítico, dramaturgo, novelista e historiador. Trabajador infatigable, en su vida bien aprovechada se fueron sucesivamente escalonando, al parecer sin crisis ni alteraciones, con continuidad perfecta, sabios estudios y merecidos honores. Su erudición no fué nunca seca y desnuda. En todos sus escritos se trasluce siempre la fina sensibilidad del amante de la naturaleza, del arte y de la poesía, expresada con máxima emoción si se refieren a la tierra gallega. Por su sólida formación, equilibrio, bondad y ponderado carác-

ter, contrario, creo, a toda disonancia, y su estilo fácil y elegante, me parece la de don Armando Cotarelo imagen del perfecto académico, colaborador ideal de vuestras tareas. No sin inquietud voy a recibir su medalla, ya que carezco de las cualidades de su anterior poseedor, y mi espíritu, atormentado y combativo, está siempre más propicio a la lucha en defensa de ideales hondamente enraizados y sentidos, que a reposadas solemnidades académicas.

Bien sé que el tema elegido para esta disertación, *Algunos aspectos del mudejarismo urbano medieval*, ofrece escasa novedad. Discursos académicos y obras premiadas por vuestros antecesores se refieren a él, más o menos directamente, desde diversos puntos de vista. Pero el auge alcanzado por los estudios históricos en los últimos años y la paciente y benemérita labor de eruditos e investigadores creo que permiten revisar el enfoque del tema de nuestro mudejarismo. Hecho tan sugestivo y capital de la Historia de España como es la convivencia de gentes de diversas religiones, casi siempre en un clima de paz y entendimiento, merece que se vuelva sobre él una vez más, aprovechando los estudios y documentos recientemente publicados.

No puedo aportar, y bien lo lamento, datos extraídos de documentos inéditos. Faltó lugar y calma en mi vida para la consulta y el análisis reposado de fuentes históricas documentales. Soy hombre de caminos, más que de archivos, errante por los campos y villas, tan amados, de nuestra tierra, y nunca tuve espacio libre para detenerme a interrogar los viejos documentos.

ALGUNOS ASPECTOS DEL MUDEJARISMO URBANO MEDIEVAL

SUMARIO

I. — *El escenario histórico.*

	<u>Págs.</u>
Ciudades cristianas.....	15
Ciudades hispanomusulmanas.....	20
Ciudades mudéjares.....	21

II. — *Burgos y sus vecinos moros.*

Formación de la ciudad. — La morería.....	25
Actividades de los moros burgaleses.....	27
De la fraternidad a la animadversión.....	28
Mudejarismo artístico.....	32

III. — *Más moros en Ávila.*

Vida militar y pobre economía ganadera.....	34
Moros avileses amigos.....	40
El caserío de Ávila en el siglo XIV: casas de madera, almojabas y cerraduras de alamud.....	43

IV. — *Baños mudéjares.*

Su geografía.....	46
Tradición islámica del baño.....	47
Propietarios y arrendadores.....	49
Los baños en los fueros.....	54
Quiénes se bañaban.....	58
Los edificios.....	61
La disputa del baño y la extinción de su hábito en la España imperial....	63

V. — *Apostillas finales.*

Mudéjares y foráneos.....	68
«Jesucristo no quiere servicio forzado».....	74
Convivencia e integración.....	76

ALGUNOS ASPECTOS DEL MUDEJARISMO URBANO MEDIEVAL



I. EL ESCENARIO HISTÓRICO

PARA comprender nuestra historia medieval conviene comparar la vida y su escenario en las dos partes en que quedó dividido el suelo hispánico en los siglos medios. Grande era el contraste entre sus respectivos núcleos urbanos, lo mismo que entre los que los poblaban. En las páginas siguientes se intenta sugerir algunos de los aspectos de aquéllos, al mismo tiempo que de las ciudades mudéjares, es decir, de las hispanomusulmanas ocupadas y transformadas por los cristianos.

Ciudades cristianas.

Las ciudades cristianas, escasas en número en los siglos X y XI y muy reducidas — las murallas de León, corte regia y ciudad la más principal de los reinos septentrionales en el primero, tan sólo encerraban de 18 a 20 hectáreas —, situadas en la estrecha zona lluviosa o en comarcas de la meseta de clima duro y suelo poco fértil, llevaban una vida lánguida, esencialmente rural. Las habitaban caballeros y gentes de guerra, consagrados a periódicas expediciones militares, prestos siempre a la defensa y al ataque; clérigos y monjes en gran número, entre los que es-

taban los elementos cultos, y pastores y campesinos, cultivadores estos últimos de tierras pobres, de rudo y primitivo vivir, participantes también en las luchas contra los musulmanes, a las que tampoco eran ajenos algunos eclesiásticos. Su economía fundábase en una pobre agricultura de secano y en la explotación ganadera, junto con el botín obtenido en las frecuentes expediciones contra los musulmanes. La producción industrial de esas ciudades, de corto perímetro urbano, humilde caserío de tierra y madera, y escasa densidad de población, reducíase a los más indispensables trabajos de artesanía para satisfacer las necesidades locales. Predominaban, pues, en su modesta vida urbana, las funciones militar y religiosa.

De los habitantes de León, la antigua ciudad regia, escribía el geógrafo musulmán al-Idrīsī a mediados del siglo XII, ser gentes de índole belicosa, dedicados principalmente a la cría y tráfico de ganado ¹.

Otro autor islámico algo posterior, pero que recoge datos de época más remota, refleja el desprecio que los habitantes del fértil suelo de las vegas andaluzas sentían por la economía primitiva de las ciudades cristianas y la pobreza de sus habitantes. De Pamplona dice que la naturaleza la había favorecido poco: sus vecinos eran pobres, no se alimentaban lo suficiente y se dedicaban al bandolerismo. No salen mejor librados los gallegos, bajo cuyo nombre hay que entender los cristianos habitantes del noroeste de la Península: panizo y mijo eran la base de sus comidas, no se lavaban más que una o dos veces al año con agua fría y no cambiaban nunca sus vestidos hasta que caían a jirones. Reconoce, sí, su valentía: en los combates preferían la muerte a la huida ².

¹ *La Geografía de España del Edrisí*, por don Eduardo Saavedra (*Bol. de la Soc. Geog. de Madrid*, XVIII, 1885, pp. 236-237 y XXVII, 1885, p. 173).

² E. Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique au moyen-âge d'après le «Kitāb ar-rawḍ al-Miṭār fī ḥabar al-aḫṭar» de Ibn 'Abd al-Mun'im al-Ḥimyarī* (Leiden 1938), pp. 56 y 66 del texto árabe y 70 y 83 de la trad. La referencia a los gallegos procede de al-Bakrī, autor hispánico de la segunda mitad del siglo XI; la reproduce también Abū-l-Fidā' (*Géographie d'Aboulféda*, trad. Reinaud, t. II, primera parte, París 1848, p. 243).

Después de las conquistas de Toledo (1085) y Zaragoza (1118), asegurada la mitad septentrional de España, sus monarcas hubieron de empezar a repoblar ese extenso territorio con finalidades económicas y militares, fundando abundantes villas y ciudades, en lugares desiertos o en reducidas aldeas o caseríos, a los que atraían pobladores cristianos, musulmanes y judíos, mediante la concesión de solares y tierras y de privilegios y exenciones tributarias, consignadas en los fueros. La labor repobladora fué sobre todo intensa en los siglos XII y XIII, favorecida por el acrecentamiento del comercio y de la industria y el desarrollo de la economía, como consecuencia del renacimiento románico en toda la Europa occidental. El auge de las peregrinaciones a Santiago desde esa misma fecha puso en relación directa y continua a la España cristiana con Francia y otros países, y favoreció el tráfico comercial.

La estructura de las ciudades de la mitad septentrional de España, casi todas nuevamente fundadas, apenas ha sido estudiada. Formáronse bastantes de ellas a fines del siglo XI, en el XII y a comienzos del XIII, por la unión de pequeñísimas aldeas, verdaderas granjas o alquerías, agrupadas en torno de reducidas iglesias de piedra — románicas —, o de ladrillo — mudéjares —. Al ir creciendo por la mejoría económica y el aumento demográfico general, se las rodeó con un recinto amurallado común. Entre unos y otros barrios solía haber soluciones de continuidad, y dentro de la cerca, amplios espacios libres para guardar el abundante ganado de la ciudad y de sus alrededores en caso de alarma.

Así se explica la extensa superficie encerrada dentro de las murallas de algunas de ellas a fines del siglo XII y en el XIII. Intramuros de las de Salamanca — circuían 110 hectáreas —, levantadas después de 1147 ¹ y antes de su repoblación en sentido urbano, ocurrida en fecha posterior a 1222, había por entonces varias pueblas, entre ellas la aldehuela de San Facundo ².

¹ *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*, edic. y est. de Américo Castro y Federico de Onís, I, Texto (Madrid 1916), p. 135.

² Julio González, *Repoblación de la Extremadura leonesa* (*Hispania*, III,

De Ávila y Segovia escribió al-Idrisi no ser ciudades, sino muchas aldeas próximas ¹. Burgos — 45 hectáreas cercadas a fines del siglo XIII — nació también por la agrupación de pequeños barrios o aldeas, lo mismo que Valladolid, Soria y Sigüenza, entre otras. En contraste con éstas, formadas al ceñir con un muro común los pequeños núcleos de población establecidos hacia la misma época, otras ciudades lo fueron por un núcleo primitivo de cierta importancia, al que en diversos momentos se agregaron burgos o arrabales. Tal fué el caso de Jaca (probablemente algo antes de 1100) y de Pamplona y Estella en el siglo XII, favorecido el acrecentamiento de las tres por su situación en la ruta internacional de Compostela ².

Un examen atento del plano actual de las primeras — aún persiste el carácter rural de algunas, en las que sigue predominando la vida campesina sobre la urbana propiamente dicha —, revela huellas de su primitiva estructura. Soria es la ciudad en la que más han perdurado. Centro de una región casi exclusivamente ganadera, de tierra pobre, su cerca, levantada en los últimos años del siglo XII o en los comienzos del XIII, de la que subsisten escasos restos, pero cuyo trazado es fácil reconstruir, encerraba en sus cien hectáreas grandes espacios sin edificar, tierras de labor y prados capaces de proporcionar alimento a hombres y rebaños en caso de asedio.

En el siglo XIII, al crecer el número de pobladores de esas ciudades, fueron aumentando las viviendas alrededor de los núcleos primitivos, y las de no muy extensa superficie intramuros, como Burgos y Segovia, quedaron enteramente pobladas, rebasando incluso la cerca. Salamanca, en cambio, aún encerraba vas-

Madrid 1943, pp. 219-221, 248, 255 y 259). En 1222 Alfonso IX ordenaba al prior de San Vicente de Salamanca que poblase un lugar, que no lo estaba, desde la puerta de San Hilario hasta el cementerio de Santo Domingo (*Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla*, Antonio Ballesteros y Beretta, apud. *Bol. de la Acad. de la Historia*, CVI, 1935, p. 146).

¹ Saavedra, *La Geografía de España del Edrisi* (Bol. Soc. Geog., Madrid, XVIII, p. 238, y XXVII, pp. 174-175).

² José M^a Lacarra, *El desarrollo urbano de las ciudades de Navarra y Aragón en la Edad Media* (Zaragoza 1950).

tos espacios libres en el siglo XV, y Soria apenas consiguió cuajar de viviendas los extensos terrenos sin edificar, situados entre sus núcleos urbanos iniciales. De subsistir su cerca, sería hoy holgadísima cintura para el caserío ¹.

Desde los años últimos del siglo XI, las ciudades cristianas, las de anterior fundación lo mismo que las recién pobladas, acrecentáronse con nuevos habitantes. Soldados, eclesiásticos, pastores, ganaderos y labrantines no bastaban a asegurar más que una modesta economía. Para su desarrollo y complemento acudieron a ellas «francos», es decir, extranjeros, la mayoría del vecino país, burgueses, menestrales y comerciantes, a los que los reyes atraieron con privilegios especiales, así como moros sometidos (mudéjares) y judíos. Los musulmanes eran gentes modestas, de humilde condición, labradores, singularmente hortelanos, y artesanos sobrios y hábiles, carpinteros, albañiles y obreros duchos en las artes industriales de raíz islámica. Los judíos, además de sus reconocidas y eternas actividades financieras de prestamistas y administradores, ejercían también el comercio y la artesanía. En contraste con los mudéjares, elemento popular siempre, bastantes de los israelitas lograron predicamento e influencia considerables, y amontonaron crecidas riquezas, causa, unida a las diferencias religiosas, de persecuciones con frecuencia trágicas.

Los francos, instalados en barrios o calles especiales, acabaron por fundirse en el transcurso del siglo XIII, salvo en algunos lugares de Navarra, con la población indígena cristiana. No ocurrió lo mismo con moros y judíos, por la diferencia de religión y género de vida. En muchas ciudades vivieron aparte, en barrios a ellos exclusivamente destinados, las morerías y jude-rías, estas últimas emplazadas casi siempre junto al castillo, bajo la protección regia los vecinos de unas y otras; pero fué frecuente que, rebasada su área, se mezclaran con el resto de la población en no pocas localidades, hasta que en el siglo XV se les obligó a encerrarse en sus respectivos barrios.

¹ Leopoldo Torres Balbás, *Soria: interpretación de sus orígenes y evolución urbana* (Celtiberia, II, Soria 1952, pp. 7-31).

Ciudades hispanomusulmanas.

Frente a las modestas urbes, de pobre economía rural, de la España cristiana contemporánea, las abundantes de la islámica en la época de los reinos de taifas y del imperio almorávide (siglo XI y primera mitad del XII), primeros núcleos en el resurgir urbano de la Europa occidental, eran ricos y muy poblados centros de una civilización mucho más avanzada, mercados permanentes y prósperos, alimentados por una industria floreciente, espléndidas metrópolis cuyas murallas circundaba un apretado y denso caserío. En contraste con las ciudades cristianas, casi todas nuevamente fundadas, las islámicas contaban siglos de existencia. Las poblaba un número de habitantes muy superior al que los modernos historiadores calculan para las incipientes contemporáneas de los restantes países occidentales.

A fines del siglo XI había por lo menos ocho — Córdoba, Toledo, Almería ¹, Granada, Mallorca, Zaragoza, Málaga y Valencia, y casi seguramente Sevilla y Badajoz — cuyo recinto murado ocupaba más de 40 hectáreas y cuya población excedía de las 15.000 almas. Para encontrar en la misma época número parecido o mayor de ciudades populosas, habría que acudir a las comarcas del otro extremo mediterráneo, en donde Constantinopla, Damasco, Bagdad y El Cairo, entre otras, eran grandes emporios, sin rival en Occidente.

Vastas y fuertes alcazabas — con lujosos palacios en su interior, habitados por príncipes fastuosos, rodeados de letrados y poetas a sueldo — dominaban esas ciudades, en las que en bien poblados zocos y abundantes tiendas vendíanse los productos de alcañiles, orfebres, curtidores, peleteros, tejedores, etc., exportados con otros agrícolas a lugares lejanos. Un activo comercio unía esas ciudades, enlazadas también por relaciones mercantiles con las del norte de África y del próximo Oriente, singularmente con las islámicas, por la comunidad de religión e idioma y por el precepto religioso de la peregrinación a la Meca.

¹ Tan sólo Almería, fundada en el siglo X, contaba con breve tradición. Badajoz nació en el IX.

Ciudades mudéjares.

La conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085 puso en manos cristianas una de las más pobladas y florecientes ciudades islámicas, capital de hecho desde entonces del mudéjarismo, laboratorio en el que se realizó la admirable simbiosis de las tres civilizaciones que dió acento original y único a nuestra Edad Media. Antes, en 1045, había corrido la misma suerte Calahorra; desde la toma de Toledo se sucedieron las conquistas urbanas hasta la de Sevilla en 1248.

En Toledo, rendida por convenio y no por asalto, los vecinos musulmanes, lo mismo que los judíos, siguieron viviendo en la ciudad como antes de su conquista. En otras — Zaragoza (1118), Tudela (1119) y Tortosa (1148) — permanecieron los pobladores islámicos en su interior, por el pacto de rendición, hasta un año después, al cabo del cual pasaron a habitar un arrabal extramuros. En las restantes fueron aquéllos expulsados, y las fincas urbanas se repartieron por merced regia entre los cristianos, singularmente los participantes en la campaña.

Desde entonces, en los alcázares de esas ciudades habitaron los príncipes y grandes señores cristianos. Casi todas las mezquitas, consagradas al culto católico, siguieron destinadas a fines religiosos y conservaron adscritos los mismos bienes antes destinados a su sostenimiento. En bastantes rábitas y *zāwiyas*, convertidas en ermitas, al culto de algún santón islámico sucedió el de uno de nuestro santoral. Prosiguió la organización administrativa urbana con los funcionarios, romanceados sus nombres de almotacenes, alamines y alarifes. En las alcaicerías continuó el comercio de las mercaderías de mayor valor. No se interrumpió el mercado extramuros junto a una puerta de las murallas, conservando el nombre arábigo castellanizado de zoco; los *fanādiq*, llamados alhóndigas, utilizáronse lo mismo que antes como posadas y lugares de depósito y venta de mercaderías foráneas. A los baños islámicos acudieron a bañarse los nuevos pobladores, y a cocer su pan en los antiguos hornos.

Cambió la religión de los moradores y la propiedad; pero el

cuadro de la vida urbana apenas experimentó mudanza. Los nuevos vecinos se encontraron a gusto en las viviendas islámicas y no introdujeron en ellas grandes reformas. Monarcas y nobles habitaron en los palacios musulmanes y se hicieron construir otros a su semejanza. Hasta el reinado de los Reyes Católicos y el siglo XVI esas ciudades, antes islámicas, sufrieron escasísimas alteraciones y reformas, y la mayoría llegaron al siglo pasado con grandes huellas de su remota estructura. En pocos aspectos de la vida medieval española la influencia de la civilización del islam fué más intensa y duradera que en la estructura de su principal escenario, es decir, en las agrupaciones urbanas y en las viviendas que las integraban. La permanencia de sus características influyó en la vida social española, contribuyendo a la conservación de costumbres o formas de vida, como ahora se dice.

Aunque a fines del siglo XII, y sobre todo en el XIII, había ya en la sociedad cristiana comerciantes y artesanos, «francos» bastantes de ellos, su número no era suficiente ni podía satisfacer las necesidades de los nuevos y allegadizos pobladores de las ciudades conquistadas, abastecidas de víveres por los moros msudéjares que permanecieron en el campo y en las aldeas, viviendo según su ley bajo las mismas autoridades locales, en posesión de sus tierras o cultivando las pasadas a propiedad cristiana y satisfaciendo idénticos impuestos. La España septentrional proporcionaba guerreros que aseguraban los territorios ocupados y la conquista de otros, pero carecía de gentes para sustituir a la gran masa de campesinos cultivadores de los campos y vegas de Andalucía, Aragón y Levante con técnicas seculares no fáciles de improvisar. Por necesidad imperiosa hubo de mantenerse al islam rural, hecho paralelo al ocurrido cuando la minoría de conquistadores y ocupantes musulmanes, en los primeros siglos, transigieron con los mozárabes, cuya importancia numérica en los campos y sierras hasta el siglo XII fué grande.

Inevitable era también que a las ciudades totalmente desalojadas y sin barrio exterior de morería en los primeros tiempos, acudieran desde fecha temprana, como se dijo pasó en las de origen cristiano, mudéjares para completar su vida económica.

Habitando los nuevos ocupantes viviendas muy superiores a las de su país de origen, sus nuevas riquezas — inmuebles y muebles —, y el contacto íntimo con una civilización refinada creó en ellos el deseo de gozar de comodidades y lujos que tan sólo los artesanos moros sometidos eran capaces de satisfacer, desde las de habitación, ropas y joyas hasta las del disfrute de músicas y danzas para alegrar su vida.

Lo mismo en estas ciudades antes islámicas que en las de origen cristiano, entre los muchos moros mudéjares que acudieron a vivir en ellas protegidos por los fueros y las disposiciones de reyes y señores, figuraban núcleos importantes de artífices y obreros de la construcción. Es bien conocido el papel capital que tuvieron en el desarrollo de la arquitectura y del arte decorativo, por su adaptación al país y economía, tanto en la retribución recibida como en los materiales empleados — tapial, adobe, ladrillo y yeso —, frente a la carestía de la piedra, transportada a veces desde lugares lejanos, y de los jornales de los canteros que la labraban, francos con frecuencia. A su vez, la carpintería occidental, la gótica francesa, no podía competir ni en perfección técnica ni en arte ni en ingeniosidad con la hispanoislámica, triunfante por ello en toda la Península, hasta constituir uno de los aspectos más brillantes de nuestro arte medieval. Moros eran también casi todos los maestros de ingenios y obras militares.

Impúsose, pues, la convivencia íntima de cristianos y musulmanes, completada con la de los israelitas, no tan circunscritos a las actividades financieras, diplomáticas y médicas como antes se creía. Los musulmanes ricos y los letrados no permanecieron en territorios perdidos por el islam, en los que sólo quedaron, según se dijo, las gentes humildes, los menestrales que vivían del trabajo de sus manos, enraizados fuertemente en el suelo natal, desligados de su cultura, conservando celosamente sus tradiciones, imposibles de renovar con corrientes del manantial originario.

No voy a ocuparme hoy — lo he hecho en otras ocasiones — en reconstruir el aspecto y la vida de las ciudades hispanomusulmanas antes y después de pasar a poder de los cristia-

nos. Tampoco hablaré de Toledo, a pesar de lo sugestivo del tema, por ser la ciudad más representativa de nuestra Edad Media, síntesis perfecta de su compleja civilización, lugar de armónica convivencia, pocas veces alterada hasta fines del siglo XIV, de fieles de las tres religiones reveladas. Tan sólo voy a tratar de la influencia islámica en aquellas otras ciudades emplazadas en la meseta septentrional de la Península y pobladas desde sus orígenes por los cristianos; de condiciones físicas, sociales e históricas, por tanto, bien distintas de las de al-Andalus. Escojo entre ellas dos, Burgos y Avila, que pasan por ser las de más acusado carácter castellano.

De Burgos dijo don Antonio Ballesteros ser ciudad «ejemplar prototípico y raíz de Castilla, casi la encarnación del espíritu castellano» ¹. Si alguna vez, en fecha remota, fué ocupada por los ejércitos musulmanes, la estancia sería brevísima y no dejó huella. Su vida medieval se orientó hacia lo que hoy llamamos Europa. De mística, caballeresca y guerrera se suele calificar a Avila, la ciudad de nuestra gran Santa.

Si a las ciudades españolas se las sometiese, como a algunos de sus habitantes en la época de los Austrias, a expedientes de limpieza de sangre, Burgos y Avila, por lo menos en lo que respecta a la musulmana, se clasificarían entre las de más pura y menos contaminada ascendencia. Grotesca españolada juzgaríase la alusión por algún extranjero a alminares y moros en cualquiera de las dos. No hubo en ellas probablemente torres para invocar a Alá, pero sí mezquitas y numerosos vecinos moros. Como en Toledo, aunque en proporciones más reducidas y con mayor preponderancia cristiana, gentes de las tres religiones convivieron fraternalmente en Burgos y Avila durante la Edad Media, lo mismo que en casi todas las villas españolas.

¹ Antonio Ballesteros Beretta, *Datos para la topografía del Burgos medieval* (Bol. de la Com. Prov. de Mon. de Burgos, año XX, 1941, p. 610).

II. BURGOS Y SUS VECINOS MOROS

Formación de la ciudad. — La morería.

Berganza cita una historia manuscrita de Burgos, obra del P. Alfonso de Venero (1488-1555), monje dominico del monasterio de San Pablo de esa ciudad, en la que afirma la dieron principio seis lugares (burgos) pequeños y dispersos; algunos quedaron extramuros al cercarla. Cada uno tenía su alcalde, de lo que provino que otros tantos regidores de la ciudad gozasen privilegio de tales ¹.

La primera aparición de musulmanes en la capital castellana — aparte de los llegados antes en expediciones guerreras — de la que hay memoria, fué la de los que en 1113 colaboraban con los soldados de Alfonso el Batallador en la defensa del castillo, atacado por los partidarios de doña Urraca. Uno de tantos casos en que integraban los ejércitos de la Reconquista gentes de ambos bandos y distintas creencias.

Ignórase si era mozárabe o mudéjar un Moharrach, morador en 1167 de una casa situada en el barrio de Santa María, es decir, en la parte principal de la ciudad. Un documento de 1207 cita casas de «García el moro» y de «Lop el moro» *in vico Sancte Agathe*. Un obituario de la catedral se refiere en 1214 a un huerto situado *inter Mezquitam et Arlançon*. El «orto de la mezquita» figura en escritura de 1225, y el «orto tras la mezquita» en otro obituario de 1260 ². En un documento de 1263 del obispo de Burgos, don Martín, mencionase la mezquita en-

¹ *Antigüedades de España*, por el R. P. M. Fr. Francisco de Berganza (Madrid 1719), parte prim., lib. terc., cap. prim., pp. 173-174.

² Luciano Serrano, O. S. B., *El Obispado de Burgos y Castilla primitiva*, t. terc., Madrid 1935, doc. n.º 137, pp. 227-228 y 386; Arch. Cat., vol. 70, f.º 8, y Lib. en perg. de aniv., n.º 26, citados por Ballesteros, *Datos para la top. del Burgos medieval* (Bol. Com. Mon. Burgos, XXII, pp. 156 y 141, y XXV, p. 81).

tre los linderos de unas casas, y en otro de 1464 se dice que el barrio de los Canales, lugar por donde salía de la ciudad el río Merdancho, se llamaba antes de la mezquita ¹.

Los documentos citados sitúan el barrio de los moros (la más antigua mención de la morería que figura en los documentos publicados es de 1430) lindando con la judería (situada en la parte occidental del recinto, junto a la puerta de San Martín), entre ella y la catedral, inmediata a Santa Agueda ². A partir de 1450 mencionase la morería nueva, no muy alejada de la vieja. El señor López Mata la sitúa en la ladera del castillo, donde el antiguo y clausurado cementerio.

Probablemente debe de localizarse el cantón de la puerta de la morería detrás de la iglesia de Santa Coloma, en la colación de Santa María de la Viejarrúa, en el que recibían unas casas en censo en 1458 los moros, vecinos de Burgos, Hali de Córdoba y Hamina ³, en dicha morería nueva. La formación de ésta se debería al aumento de moros en Burgos, del que hay noticia poco más tarde, en el reinado de Enrique IV, monarca que, según la carta de don Alfonso leída en el ayuntamiento burgalés el 17 de agosto de 1465, justificando su elevación al trono en Avila, sostenía «a los moros enemigos de la fe católica, trayéndolos consigo, hospedándolos en su palacio y dotándolos con

¹ Arch. Cat. Burgos, Caj. 6, vol 48, según cita de Ballesteros, *Datos para la top. del Burgo medieval* (Bol. Com. Mon. Burgos, XXI, p. 39); Teófilo López Mata, *Geografía urbana burgalesa en los siglos XV y XVI* (Burgos, s. a.), p. 17. El horno comunal estaba en el siglo XV junto a la mezquita.

² Arch. Cat. Burgos, Est. 18, Bajo, y Arch. Cap. Visitación Cat., Lib. I, Test. y mem., fº 36, docs. citados por Teófilo López Mata, *Morería y judería* (BRAH, CXXIX, 1951), pp. 335-338. En una dotación de capellanías de la segunda mitad del siglo XIV, figuran «casas en la cal Salinera, encima de la morería». Esa calle estaba en el barrio de Santa Colomba, situado a su vez en la Viejarrúa. Cerca de la morería sitúa un doc. de 1430 el barrio Quemadillo. Otro de 1442 alude a la morería (Teófilo López Mata, *Los Monasterios medievales en la comarca de Juarros*, apud Bol. Com. Prov. Mon. Hist. y Art. de Burgos, t. VI, a. XXIII, 1944, pp. 361-362).

³ Protocolos, nº 2.655; Arch. Cat. Burg., vol. 44, pergamino, según cita de Teófilo López Mata, *La ciudad y castillo de Burgos* (Burgos, s. a.), p. 36, n. (2), y *Morería y judería* (BRAH, CXXIX, pp. 338-339).

doble sueldo que a los cristianos» ¹. A ese aumento demográfico, paralelo al de los judíos, se debió el que unos y otros expusieran al ayuntamiento en 1480 que no cabiendo en sus respectivos barrios habían salido a vivir entre los cristianos. Lo comprueban un documento del concejo del año siguiente, en el que se alude «a las moras vesynas e moradoras desta cibdad e de sus arrabales», y una orden de la Reina Católica, también de 1481, acogiendo bajo su real protección a cuantos moros residiesen en Burgos y sus arrabales ².

En la morería vieja parece que había unos baños, calificados de viejos en 1309; tal vez fuesen los mismos que menciona un documento de 1091. Estaban cerca de Santa Gadea y junto a la torre o cubo de la cerca llamada del Baño y desde el siglo XVI de doña Lambra ³.

El osario de los moros hallábase al otro lado del río, saliendo por la puerta de Santa Agueda, al parecer exterior de la morería y de la judería ⁴.

Actividades de los moros burgaleses.

Gran parte de los moros burgaleses estaban dedicados en los siglos XIV y XV a los oficios de la construcción: eran maestros

¹ Ac. Mun. Burgos, a. 1465, fº 86, cita del Rdo. P. Luciano Serrano, *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos* (Madrid 1943), p. 88.

² Ac. Mun. Burg., a. 1481, fº 51, citado por Serrano, *Los Reyes Católicos*, p. 188; López Mata, *Morería y judería* (BRAH, CXXIX, pp. 352-353).

³ El documento de 1091 en BRAH, LXXI, pp. 119-120. El de 1309 menciona unos huertos en la vecindad de Santa Gadea: «Et el otro pedaço es cerca el Vaño viejo... aladanos la cerca de la villa» (Arch. Cat., Pap. de capellanes, según cita de López Mata, *La ciudad y castillo de Burgos*, p. 230). En 1552 se llamaba la torre de doña Lambra, y en doc. de 1580 «la torre de doña Lambra que se llamaba del Baño» (Protocolos notariales, Burg., nº 3.153).

⁴ Un acuerdo municipal de 1488 dispuso que «la basura .. del açogue (subida a San Nicolás) fasta la puerta de San Martín se saque por la puerta de Santa Gadea e se eche al osario de los moros pudiéndose pasar el río» (Lib. actas municipales de 1488, según referencia de López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CXXIX, pp. 361-362).

y obreros albañiles, yeseros, carpinteros, vidrieros, peritos en ingenios militares, etc. Intervenían en todas las obras hechas en Burgos y su comarca, incluso en las del cabildo eclesiástico, con exclusión de las realizadas en el templo catedral.

Pero, además, había entre ellos médicos y cirujanos y arrendadores de rentas del cabildo eclesiástico. Abundaban los hortelanos moros, cultivadores de las huertas de ese cabildo y de los numerosos monasterios.

De la fraternidad a la animadversión.

Durante gran parte de la Edad Media, según revelan los documentos de los archivos municipal y eclesiástico, los moros burgaleses vivieron íntimamente mezclados con el resto de la población. Lo acreditan, entre otros hechos, su intervención en la inmensa mayoría de las edificaciones; el que maestros moros yeseros emplearan amasadoras cristianas, y en las huertas labradas por musulmanes trabajasen mujeres también cristianas, lo que prohibieron en 1484 los regidores; el ejercicio por mujeres moras de oficios, tan mezclados a la vida íntima, como son los de parteras, curanderas y vendedoras de afeites, según informa un documento al que más adelante se alude. Cirujanos moros habían prestado valiosos servicios a la ciudad. En 1485 el maestre Hamete se ofrecía a curar los monasterios pobres gratuitamente, y el municipio le remuneró con 2.000 maravedís anuales ¹.

Completa el cuadro la existencia de un grupo de oficiales moros horros, viviendo dentro del recinto del monasterio de las Huelgas, al lado de las aristocráticas monjas, a las que asistían en sus enfermedades médicos judíos. Estos y los moros podían llevar armas; en 1391 se les permitía tenerlas en sus posadas, prohibiéndoles, en vista de la celebración de cortes en la ciudad al año siguiente, venderlas, prestarlas, ni trocarlas ².

¹ Arch. Mun. Burg., Lib. Act., a. 1485 (López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, p. 349).

² Arch. Mun. Burg., Lib. Act., a. 1391, fº 9, y de 1453 (López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, pp. 345 y 359).

A partir del advenimiento al trono de Castilla de los Trastámara, las relaciones de los cristianos con moros y judíos comenzaron a hacerse más ásperas, según revelan las peticiones a las Cortes, los acuerdos de éstas, las disposiciones reales y las de los concejos. Las morerías no sufrieron los asaltos, robos y matanzas que las juderías en 1391 y años siguientes.

Laboriosos los moros, sobrios y frugales, gastando muy poco, como más tarde describen a sus descendientes los moriscos en los siglos XVI y XVII viajeros y escritores nacionales y extranjeros, irían bastantes de ellos mejorando de condición económica, pudiendo tener servidores cristianos, prestar a usura y ostentar signos de riqueza en su ajuar personal. Todo ello contribuyó a que se fuera creando lentamente entre los cristianos un ambiente en torno de ellos de recelo y animadversión, acrecentado al hacerse más suspicaz el sentimiento religioso con la terminación de la Reconquista y del dominio islámico en la Península.

En 1476 se reiteraba a los moros burgaleses la vieja disposición, casi siempre incumplida, de llevar capuces verdes de una tercia de longitud, y a sus mujeres lunas de color azul sobre sus mantos. El concejo reprodujo esta orden en 1481, señal de que seguía incumplida ¹.

El mismo año, el alcalde mayor de Burgos Bocanegra bautizó a un niño moro contra la voluntad de sus padres. La aljama de la ciudad denunció el hecho a la Reina Católica, y la soberana, después de platicar con prelados y otras personas del Consejo real, expidió una cédula, presentada por los moros a las autoridades municipales, en que prohibía la repetición del atropello, ordenaba se los dejase vivir en sus casas con entera independencia y respeto de los restantes vecinos, acogía bajo su real protección a cuantos moros residiesen en Burgos y sus arrabales, y conminaba con la confiscación de bienes y el destierro al cristiano que los perjudicase ².

¹ Arch. Mun. Burg., Lib. Act., a. 1481, fº 55 (Serrano, *Los Reyes Católicos*, p. 188; López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, pp. 352-353).

² Arch. Mun. Bug., Ac., a. 1481, fº 15 (Serrano, *Los Reyes Católicos*, p. 188).

En 1481 también se pregonó en la ciudad una carta de los monarcas en la que se incluían las leyes de las cortes de Madrid (1476), repetidas en las recientes de Toledo (1480), ordenando a moros y judíos vivir en barrios propios, aislados de la ciudad o en calles particulares dentro de ella, separadas en absoluto las viviendas de cristianos, moros y judíos ¹.

Moros y judíos burgaleses compraban alimentos para comerciar con ellos, encareciéndolos, por lo que en sesión municipal de 1484 se les prohibió vender, comprar, ni trocar cosa alguna de comer para su reventa, so pena de confiscación de la mercancía ².

La animadversión creciente trajo como consecuencia lógica la suspicacia por las relaciones sexuales entre gentes de distinto credo, relaciones que existirían de antiguo por la estrecha convivencia, pero que hasta entonces no habían sido causa de escándalo. A consecuencia de «graves inmoralidades», promulgó el ayuntamiento de Burgos en 1485 unas ordenanzas «sobre razón de la contratación de los moros e judíos desta cibdad con las mujeres cristianas e sobre otras cosas que los dichos moros desta cibdad hasen e males e daños que de la contratación con las cristianas se siguen». Se establecía en esas ordenanzas que en el barrio de la morería los moros tuviesen puertas en las calles que eran entrada y salida de ella, las que estarían cerradas toda la noche.

Prohibióse también, bajo pena de sesenta azotes, que los oficiales y maestros moros de labrar en yeso — los «elseros» —, ajustasen a mujeres cristianas para amasarlo, según acostumbraban, y a éstas trabajar en compañía de los moros, «o que labren personas cristianas, pero sin comunicar con los moros». Se prohibió asimismo la costumbre tradicional de dedicarse las moras al oficio de parteras y a vender por la ciudad joyas y afeites, so pena de cien azotes, aunque «si para melizar alguna cristiana en las dolencias de mujeres alguna mora fuera llamada..., la tal

¹ Arch. Mun. Bug., Ac., a. 1481, fº 50.

² Arch. Mun. Burg., Ac., a. 1484, fºs 15 y 27 (Serrano, *Los Reyes Católicos*, pp. 189 y 221).

mora pueda ir con licencia de los señores Asistentes e Alcaldes ordinarios desta cibdad». Por último, las ordenanzas especificaron las clases de telas que se prohibía usar a los moros y moras para la confección de sus vestidos. A los varones no se les consentía el uso de oro, seda, grana, chamelote, ni llevar «espadas, ni puñales dorados ni plateados, ni otra guarnición alguna de armas, sino negras». No caían en pena las moras que llevasen «manyllas e axileos e sortijas de plata», pero «quanto del oro se guarde como en ellas se contien...» ¹.

En contraste con estas disposiciones restrictivas, la ciudad apeló al año siguiente ante el Consejo real de la pretendida confiscación de los bienes de los moros por un delegado regio, para cobrarse de un servicio pecuniario de varios años precedentes, cuyo pago se había dilatado de acuerdo con la ciudad, en espera de obtener rebaja considerable en su importe ².

Pero la animosidad de los cristianos burgaleses, lo mismo que los de casi toda España, contra moros y judíos iba en aumento. Manifestóse en 1488 respecto a los primeros en dos disposiciones vejatorias, reveladoras de más saña que caridad. Por una negaba el Concejo a los moros el abastecimiento de pan en los hornos acostumbrados, conminándolos para que los construyeran nuevos en el plazo de quince días. El otro acuerdo municipal fué que la basura de una parte de la ciudad se arrojase al osario de los musulmanes ³.

A principios del siglo XVI, obligados todos los moros del reino de Castilla a elegir entre convertirse a la fe católica o expatriarse, los burgaleses parece que en su mayoría optaron por la conversión. Los carpinteros siguieron durante bastantes años encargados a sueldo de «matar los fuegos» ⁴.

¹ Arch. Mun. Burg., Lib. Act., a. 1485, fos 30-31 y 33 (Serrano, *Los Reyes Católicos*, pp. 189-190; López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, pp. 254-255).

² Arch. Mon. Burg., Ac., a. 1486, fº 56 (Serrano, *Los Reyes Católicos*, p. 235).

³ Arch. Mun. Burg., Lib. Act., a. 1488 (López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, pp. 355 y 361-362).

⁴ Arch. Mun. Burg., Libs. Acts., as. 1522 y 1528; Arch. Cat. Burg.,

Entre los conversos estaba un maestro, Alí, que con el nombre de Juan de Francia cobraba en 1523 un sueldo anual del Condestable, morisco que se ha supuesto intervino en la construcción del palacio de los Velasco conocido por la Casa del Cordón.

En el siglo XVI vivían en Burgos el reducido número de 85 moriscos y en su jurisdicción ocupaban 41 casas. De la ciudad y su comarca salieron expulsados en 1610 setenta y dos familias y 309 personas ¹; 11 eran entonces los vecinos moriscos de la Viejarrúa burgalesa ².

Mudejarismo artístico.

Si un desconocedor de Burgos lee las páginas anteriores, pensará que la ciudad habría conservado algún carácter oriental. Pero los maestros, albañiles y carpinteros mudéjares, edificadores de la mayor parte del caserío urbano durante los siglos XII al XV, trabajaban con materiales humildes y en construcciones poco permanentes, como eran las viviendas castellanas medievales. Tan sólo en las puertas de San Esteban y San Martín, de la antigua cerca, y en la torre sobre la de Santa María, aunque oculta ésta en gran parte por ostentosa delantera pétrea del Renacimiento (1536-1553), quedan huellas del arte de los maestros moros burgaleses del siglo XIV.

lib. 46.314 (López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, pp. 349 y 356). Dice don Francisco Cantera que de una pragmática de los Reyes Católicos parece deducirse que en buena parte los judíos y moros burgaleses abrazaron el cristianismo e integraron el gremio de ropavejeros (*La judería de Burgos*, apud *Sefarad*, XII, 1952, p. 103).

¹ Florencio Janer, *Condición social de los moriscos de España* (Madrid 1857), apénds. LXXV y CXXX, pp. 268 y 346. Según los datos remitidos por los prelados, referentes al número de moriscos de sus diócesis y territorios de 1581 a 1589, en la de Burgos había 127, entre ellos 19 esclavos (*Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid 1829, p. 364).

² Arch. Mun. Burg. (López Mata, *Morería y judería*, BRAH, CCXXIX, p. 356).

Aunque insignificante, vale la pena de registrar, por único, un paño de muro, de mala fábrica de mampostería, cercano a San Gil, resto de una fachada medieval, en la que se descubrieron hace pocos años dos mutiladas ventanas gemelas, con jambas y arcos de herradura enjarjados, de idéntica construcción a la de las citadas puertas de la muralla.

Mudéjar era la decoración del castillo, obra sin duda de los yeseros moros, cuya existencia revela la documentación, a la que parece pertenecieron los dos arcos de yesería conservados en el Museo Arqueológico provincial.

En las inmediaciones de Burgos quedan otros testimonios valiosísimos de nuestro arte más nacional, en el real monasterio de las Huelgas, subsistentes merced a la maravillosa inercia de estas casas religiosas femeninas, en cuyo interior parece haberse detenido el tiempo. Son unas capillas diminutas, obras de ladrillo y yeso, de puro arte almohade una, algo posteriores las otras, que parecen aplastadas bajo la fina arquitectura monumental de piedra, importada de Francia, del monasterio cisterciense. Completan las aportaciones a la casa bernarda del arte hispanomusulmán, las yeserías de las bóvedas del claustro de San Fernando, descubiertas en fecha reciente, y la maravillosa colección de ropas extraídas de los sepulcros del panteón real, resto de repetidas profanaciones y saqueos. No parecen tan desplazadas esas obras artísticas de raíz oriental en un monasterio de austeras hijas de San Bernardo, si recordamos que dentro de su cerca vivían oficiales moros amparados por ellas¹; que en sus enfermedades las asistían médicos judíos, y que no solamente explotaban los

¹ Fernando IV en 1304 eximió de todo servicio, pecho y pedido a doce moros «fforros oficiales de y del monasterio que nunca pecharon... tengo por bien que dose moros fforros sus oficiales que moraren en el dicho monesterio o en el mío, Ospital que disen del Rey que ssean escusados de los sseruicios...» (A. Rodríguez López, *El Real Mon. de las Huelgas de Burgos* [Burgos 1907], doc. n° 122, pp. 506-507). — Alfonso X daba en 1270 al mon. de Santa María la Real de las Huelgas unos judíos que moraban en el barrio de Santa Cecilia de Briviesca para «que los metan en aquellas cosas que ovieren menester las dueñas que enfermar en el monesterio» (*Mem. Hist. Esp.*, I, Madrid 1851, doc. n° CXX, pp. 263-265). Priv. confirmatorio por Sancho IV en 1285 (A. R. M., leg. 6, n° 225, citado por Cantera, *La judería de Burgos, Sefarad*, XII, p. 67).



baños de la ciudad, sino que en 1208 construyeron uno nuevo. Como otros muchos lugares de nuestra Patria, las Huelgas eran síntesis de la vida y de la civilización españolas en la Edad Media, lugar de armónica convivencia y colaboración de cristianos, moros y judíos, con la particularidad de ser monjas las representantes del elemento católico.

Cerca de las Huelgas está el Hospital Real, dependencia suya, en el que yeseros y carpinteros moros dejaron también muestras importantes de su arte, pero, bárbaramente abandonado el edificio, desaparecieron hace algo menos de medio siglo.

III. . MÁS MOROS EN ÁVILA.

Vida militar y pobre economía ganadera.

Avila es ciudad también de orígenes completamente cristianos y occidentales. Si ocupó su mismo emplazamiento un poblado romano, como parece probable, y más tarde una ciudad visigoda, no existe indicio alguno de su perduración en la España sometida al dominio islámico. En tierra alta — 1.114 metros —, de clima duro y suelo pobre, nada parece justificar, salvo necesidades militares temporales, la creación en su solar de núcleo urbano de alguna importancia.

Avila es hoy, para el vulgo culto, la Avila de los Caballeros, estampa de los siglos XVI y XVII, cuya fisonomía conocemos por los abundantes palacios subsistentes, cuya severa fortaleza granítica apenas si logra suavizar algún detalle de arte del Renacimiento llegado de las tierras más clementes de Italia. Pero, antes de proteger y abrazar esos palacios, la cerca medieval circundó otras construcciones más efímeras. Los caballeros avileses súbditos de los Austrias, cuyas vidas han sido evocadas repetidamente por escritores modernos, descendían de otros vecinos de una ciudad de muy distinto ambiente, enterrados en los templos románicos levantados con sillares de arenisca dorada, o en la catedral, donde esa piedra alterna con el granito azulado.

La «Crónica de Avila», redactada en la segunda mitad del siglo XIII, cuyo crédito ha sido reivindicado por el maestro don Manuel Gómez-Moreno, conservó la tradición de que gentes llegadas de Covaleda y Lara fueron las primeras en poblar en el solar avilense, cerca del río, mientras las más numerosas procedentes de Cinco Villas, llegadas en pos de ellas, se instalaron en la parte alta. Durante toda la Edad Media se reflejó la diferencia de asentamiento en el antagonismo existente entre serranos — caballeros — y ruanos — menestrales. También poblaron en Avila infanzones y buenos hombres procedentes de Estrada, de los Brabazos y de otros lugares de Castilla, llegados algo posteriormente ¹.

Poco antes de mediar el siglo XII, Idrīsī describe Avila, coincidiendo con la «Crónica», como formada, lo mismo que Segovia, por un conjunto de aldeas, cuyos habitantes eran jinetes vigorosos; la comarca, abundante en ganado, dependía del señor de Toledo ². Si damos crédito al autor islámico, parece deducirse que en su tiempo aun no había comenzado a unificarse la ciudad con el cinturón de las murallas.

La «Crónica de Avila» refleja bien, desde la fundación hasta avanzado el siglo XIII, su vida de ruda economía ganadera y adustez militar. La pobreza del suelo no permitía a los vecinos vivir de su cultivo, ni el lugar se prestaba a desarrollo comercial e industrial de alguna importancia. Pero lo que no daba la tierra ni el tráfico mercantil era posible obtenerlo mediante periódicas expediciones militares emprendidas por caballeros serranos, escuderos y clérigos (el obispo de Avila pereció en 1195 en la

¹ Manuel Gómez-Moreno, *La Crónica de la población de Ávila* (BRAH, CXIII, 1943, pp. 11-56). Sobre el elemento burgalés y soriano en la repoblación de Ávila, véase *El Obispado de Burgos*, por el P. Serrano, tom. prim., pp. 353-354.

² Saavedra, *La Geografía de España del Edrisī* (Bol. Soc. Geog., XVIII, 1885, p. 238, y XXVII, 1889, pp. 174-175). En los mapas de Idrīsī dados a conocer por Konrad Miller en sus *Mappae Arabicae* (Stuttgart 1926-1928), lo mismo en la copia del argenteo de 1154 que en el «Idrīsī menor», fechado en 1192, las ciudades se señalan por un circulito negro, mientras Šegubia lo está por siete próximos y abila por ocho (César E. Dubler, *Los caminos a Compostela en la obra de Idrīsī*, apud *Al-Andalus*, XIV, 1949, pp. 60 y 98).

rota de Alarcos). Acompañando unas veces al monarca o al señor de Toledo, y otras solos, por su propia cuenta, bajaban de los puertos de la sierra y, cruzando el Tajo, iban a la Mancha y Andalucía, a tierra de infieles en busca de botín.

Las mismas cabalgadas realizaban las milicias de Salamanca, Segovia, Guadalajara, Talavera, Toledo, Madrid y Plasencia, pero entre ellas destacaban las del concejo de Avila, «por haber siempre las primeras heridas y guardar la seña del rey».

Siempre «fué costumbre de los cristianos que habitaban la Trasierra y Extremadura — escribía el cronista latino de Alfonso VII —, congregarse varias veces cada año en pelotones de mil, dos mil, cinco mil, diez mil caballeros, o más o menos, e iban a tierra de moabitas y agarenos y hacían muchas matanzas y cautivaban gran cantidad de sarracenos y crecida presa y hacían muchos incendios y mataban reyes y jefes y, debelando, destruían castillos y villas, causando mayores daños que los recibidos» ¹.

De la mayoría de tales expediciones guerreras, de muy vario resultado, no ha quedado memoria. La citada *Chronica Adefonsi Imperatoris*, conserva recuerdo de varias. En todas las realizadas en los últimos tiempos de dominio almorávide en la Península figuran las milicias de Avila. Los *Anales Toledanos I^{os}* refieren una en 1158, en la que fueron a tierra de moros, a Sevilla, y vencieron al rey «Aben Jacob, e mataron al Rey, fillo Dalagen, e al Rey Aben gamar» ².

El rudo ambiente guerrero avilés no se manifestaba tan sólo en las expediciones a al-Andalus. Dentro de la ciudad luchaban sus diferentes elementos de población, serranos y ruanos, aun no fundidos. En 1162 ayudaron a los vecinos de Salamanca, sublevados contra Fernando II por haber disminuído éste el término de esa ciudad al poblar Ciudad Rodrigo.

Según el califa Abū Ya'qūb, las gentes de Avila eran las

¹ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. y est. por Luis Sánchez Belda (Madrid 1950), § 115, p. 90. Referencias a las expediciones militares de las gentes de Ávila en los §§ 117, 120, 142, 143, 162 y 188, pp. 93-94, 111-112, 126-127 y 148.

² *Esp. Sag.*, XXIII, p. 390.

más valerosas entre las cristianas y no habían sufrido revés alguno hasta la expedición de 1173 ¹. De ésta quedan testimonios islámicos que permiten seguirla detalladamente. Fué una de tantas de las milicias de las villas de la Extremadura castellana y de la Trasierra, de la que ha quedado eco, amplificado por los vencedores, según costumbre.

Era jefe y adalid de las milicias de Avila, viejo ya en la fecha del combate, Sancho Ximeno, curtido en dieciocho lides campales, al que los cronistas musulmanes llaman el giboso y el hombre de la albarda (*Abū Barḍa'a*), por montar en una silla de seda, recamada de oro y piedras preciosas. El historiador musulmán contemporáneo Ibn Šāḥib al-Šalā, lo retrata como caudillo valeroso e incansable, con palabras no menos elogiosas que las que emplearía un autor cristiano ².

Como en otras muchas ocasiones, Sancho Ximeno emprendió, al frente de las milicias de Avila y de gentes de las Ordenes militares, una expedición en la primavera de 1173 (ša'bān 568 = 18 marzo a 15 abril) ³ a al-Andalus, creyendo que en la región a la que se dirigía no había contingentes militares de importancia ⁴.

Tras saquear la comarca de Écija, en su retirada fueron perseguidos por tropas almohades salidas de Sevilla y exterminados casi totalmente cerca de Caracuel, con muerte del viejo caudillo

¹ E. Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades* (Hespéris, XXVIII, 1941, pp. 52-53).

² P. Melchor M. Antuña, *Campañas de los almohades en España* (El Escorial 1935), pp. 46-58; de la tirada aparte de *Religión y Cultura*. El cronista almohade llama al caudillo Šān Manūs (Ximenu).

³ El *Bayān* da para la expedición la fecha errada del mes de ša'bān 566 (9 abril a 8 mayo 1171) y se refiere a las muchas de los cristianos mandados por Sancho por levante y poniente, llegando hasta Tariga (*El Anónimo de Madrid y Copenhague*, texto ár. y trad. por A. Huici, Valencia 1917, pp. 5-6 del texto y 1-3 trad.).

⁴ Los principales testimonios islámicos de la expedición son el relato de Ibn Šāḥib al-Šalā, trad. por Antuña en el trabajo citado en la nota anterior, y una carta, redactada poco después del hecho militar, sin fecha ni destinatario, que será la dirigida por el monarca Abū Ya'qūb a su hermano, el *sayyid* Abū 'Imrān, dándole cuenta de la victoria (Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades*, apud *Hespéris*, XXVIII, pp. 52-53). *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, p. 2 de la trad., da el nombre del destinatario de la carta.

Sancho Ximeno. Los almohades festejaron el hecho como un gran triunfo del islam. El califa recibió abundantes felicitaciones y en el alcázar de Sevilla celebróse una gran recepción seguida de solemnísimos festejos ¹.

Por los mismos años en que tuvo lugar esta derrota de las milicias avilesas, se estaría levantando la fuerte muralla que aun hoy rodea la ciudad, abrazando 31 hectáreas, entre las que quedarían vastos espacios libres. El solar carecía de favorables condiciones defensivas, y el arte castrense hubo de suplir lo que la naturaleza no proporcionaba. Al comenzarse la catedral, templo y fortaleza a la par, en consonancia con el destino de la ciudad, en una de cuyas capillas del enorme cubo de la cabecera se enterró al obispo don Sancho, fallecido en 1181, por lo menos el frente oriental de la cerca, al que refuerza, debía de estar construido. En 1192 había fallecido el maestro Fruchel de la obra de ese templo, extranjero que la daría comienzo ². El avance de la Reconquista y el consiguiente alejamiento de la frontera enemiga no alteraron el rudo ambiente militar de Ávila, en cuya vida económica la ganadería siguió desempeñando papel prepon-

¹ Según el *Qirtās* (*El Cartás*, trad. A. Huici, Valencia 1918, pp. 218 y 271-272), las milicias de Ávila, mandadas por el caudillo Sancho, salieron contra Abū Ya'qūb, que había llegado hasta Toledo destruyendo alquerías cristianas y matando y cautivando a sus pobladores; en el combate quedaron en el campo 36.000 cadáveres de cristianos, el de Sancho entre ellos. — La «Crónica de la población de Ávila» calla la derrota, a pesar de conservarse sin duda bien vivo su dolorido recuerdo en esa ciudad, en la que, dice, en su iglesia de Santiago (reconstruida a principios del siglo XVI) estaban enterrados Sancho Ximeno, «buen agorador», y Gómez Ximeno, otro de los adalides de la desastrosa expedición, que había tomado parte en 25 lides campales. Según esa «Crónica», Abū Ya'qūb cruzó el Estrecho para combatir la expedición dirigida contra Sevilla; los avileses, después de quebrantar Algaliel y Aneva, fueron cercados en unas cabezas (cabezos) por los musulmanes, a los que terminaron por vencer tras apurada situación (Gómez-Moreno, *La Crón. de la pob. de Ávila*, BRAH, CXIII, pp. 28-29). — Ariz publica los epitafios de Sancho Ximeno y Gómez Ximeno, que dice estaban en la iglesia de Santiago; en ambos figuraba el año 1174 para fecha de su muerte, y en el del primero constaba *qui inter Sarracenos obiit* (P. Luis Ariz, *Historia de las grandezas de Ávila*, Alcalá de Henares 1607).

² A. H. N., Ávila, R. 10, según J. Rius Serra, *Subsidios para la Historia de nuestra cultura* (*Arch. Esp. de Arte y Arq.*, V, 1929, pp. 97-98).

derante. Demuestra la importancia de esos dos aspectos, tan unidos, el privilegio dado en 1256 por Alfonso X al otorgar el Fuero real y copiosas franquicias al concejo de Avila. Declaró libres de pechos a los caballeros que tuviesen las mayores casas pobladas, así como armas, caballo de 30 maravedís para arriba, escudo, lanza, loriga, bufoneras, pespunte, capiello de hierro y espada. Excusaba a un número determinado de sus pastores, vaquerizos, rabadanes, cabañeros, porqueros y colmeneros, en relación con las vacas, ovejas, cabras, yeguas, puercos y colmenas que tuvieran. Eximió también de pechos a cuatro servidores de los caballeros que fueran a la hueste; a cinco si llevasen tienda redonda y a seis si poseyesen además loriga de caballo propia¹.

Junto a estas actividades, las industriales que entrevemos eran bien modestas y escasas. Pocos años después de conceder ese privilegio, las cortes de Jerez de 1268 fijaban precio a los tejidos: entre ellos figuran el de cuatro sueldos para la vara de Avila, tejido basto de lana, y el de siete para la de burel o buriel de Avila, paño del color natural de la lana, muy usado por los labradores.

Al mediar el siglo XIII, Avila tenía 19 parroquias². Extinguidas las actividades guerreras y desaparecida o ausente una nobleza surgida en gran parte de ellas, la ciudad conservó exclusivamente carácter eclesiástico y rural, como acusaba Larruga en la segunda mitad del siglo XVIII³, mantenido, con el oficial y administrativo, hasta hoy. En publicación oficial, resumiendo estadísticas recientes, se señala «el gran número de personas per-

¹ Se conserva en el Arch. Mun. de Avila la confirmación por don Juan I en 1382 del priv. rodado de 1256. Publicóse en «España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia», *Salamanca, Ávila y Segovia*, por don José M^a Quadra-do (Barcelona 1884), pp. 319-321, y por Enrique Ballesteros, *Estudio histórico de Ávila y su territorio* (Avila 1896), pp. 140-141.

² Consta en una relación que en 6 de julio de 1250 don Gil, cardenal de San Cosme y San Damián, pasó desde Lyon al obispo y cabildo.

³ *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, por don Eugenio Larruga, t. XX (Madrid 1792), página 209.

tenecientes al clero [que la habitan hoy], la escasa importancia de su industria y la agricultura, y el mayor número de personas improductivas» ¹.

Moros avileses amigos.

Lugar de tránsito y atalaya, a la par que fortaleza, Avila fué centro de atracción de toda la comarca, al que pronto acudieron moros y judíos a ejercer sus consabidas actividades. Convivieron pacíficamente con los cristianos, a pesar de las campañas militares de éstos contra gentes de la misma religión que los primeros.

Aunque se trate de una novela forjada en el siglo XVI, pero sobre un fondo de tradiciones, no parece ocioso recordar que en la «Leyenda de la muy noble, leal e antigua ciudad de Avila» se alude a gran número de moros entre los constructores de las murallas, supuestas levantadas a fines del siglo XI.

Hay constancia de la vecindad de judíos en Avila en 1144, fecha en la que Alfonso VII dió a la catedral los diezmos de las rentas que le pagaban ².

Numerosos musulmanes poblaban la ciudad en los últimos años del siglo XII, arrendando a los cristianos campos, huertas, viñas y molinos y no pagando, como ocurría en otros muchos lugares, las décimas a la Iglesia, con notable disminución de las rentas de ésta. Para evitarlo, el papa Inocencio III dirigió una epístola en 1199 al obispo de Avila, ordenando privase de comunicación con los cristianos a los sarracenos que no abonasen diezmos, e impusiese censuras eclesiásticas a aquellos que desatendiesen el mandato ³.

La «Crónica de la población de Avila» relata un episodio,

¹ Instituto de Estudios de Administración Local, Estudio de las poblaciones españolas de 20.000 habitantes, II, *Análisis de Ávila* (Madrid 1951), p. 70.

² A. H. N., Cat. de Avila, R. 3, según cita de Julio González, *Reconquista y repoblación de Castilla, León, Extremadura y Andalucía (siglos XI a XIII)*, apud *La reconquista española y la repoblación del país* (Zaragoza 1951), p. 175.

³ *Estado social y político de los mudéjares de Castilla*, por don Francisco Fernández y González (Madrid 1866), apénd. XI, pp. 306-307.

contemporáneo de su redacción, que muestra la importancia de los vecinos musulmanes avileses en el siglo XIII. En pugna Alfonso X en 1255 con su hermano don Enrique y el rey de Aragón, mandó a sus vasallos y consejos de Extremadura fuesen a la frontera soriana. Los caballeros de Avila acudieron apresuradamente con toda la gente que pudieron llevar, entre ellos 70 moros a caballo y 500 peones. Al pasar por Ayllón llegó una carta del monarca para que los musulmanes tornasen a Avila y les gratificasen con dos mil maravedís. Pareció a los caballeros que sería gran deservicio real el regreso de los musulmanes en esas condiciones, dada la penuria de Alfonso X, por lo que dos de ellos fueron a Vitoria, donde estaba, a solicitar que los moros fuesen en su servicio ¹.

Judíos y moros seguían labrando las huertas y tierras de Avila y persistiendo en no querer pagar el diezmo a la Iglesia, lo que motivó en 1285 una carta real de Sancho IV al alcalde de Avila para que les obligase al pago ².

En el siglo siguiente demuestra la importancia del elemento mudéjar el existir tres aljamas, sin duda con sus respectivas mezquitas; el alfaquí de una de ellas, la de la Alquibla, discurría sobre la litud de la oración o «azala» hecha sobre pieles sin curtir ³.

Moros y judíos participaban en todos los actos públicos. En diciembre de 1474 asistieron a los funerales en la catedral por Enrique IV, «faciendo sus guayos», y a la proclamación de la Reina Católica, hecha primeramente dentro de ese templo, en la puerta de los Apóstoles, y luego en el Mercado grande, concurriendo los moros con sus danzas de espadas y momos, y los judíos llevando sus *toras* o libros sagrados y tañendo trompetas y tamboriles ⁴.

¹ Gómez-Moreno, *La Crónica... de Avila* (BRAH, CXIII, pp. 53-54).

² *Historia de Avila*, por don Juan Martín Carramolino, tom. seg. (Madrid 1872), apénd. IX, pp. 493-494.

³ Fernández y González, *Estado social y político...*, apénd. II, doc. LXXIV, pp. 393-395.

⁴ Ballesteros, *Est. hist. de Avila*, pp. 153-154, copia párrafos del acta original de esas ceremonias, conservada en el Arch. Mun. de la ciudad.

Aún en 1479 continuaban viviendo judíos y moros, como en los siglos anteriores, mezclados con los cristianos en la ciudad y sus arrabales ¹.

Las «Ordenanzas de Avila», de las que se conserva copia de 1485, aluden repetidamente a vecinos de las tres religiones, entre los que había zapateros, carpinteros y regatones, estos últimos de ambos sexos. Por entonces, sobre todo a partir de las cortes de Toledo de 1480 que renovaron el viejo mandato, casi siempre incumplido, de que judíos y moros morasen en barrios apartados y cerrados, se acentuaron las medidas persecutorias contra los fieles de ambas religiones, pero sin que haya noticia de que llegasen a los extremos que en Burgos. Prohibían las citadas Ordenanzas que los fieles prendiesen a los judíos y moros en sus juderías y morerías, aunque labrasen e hiciesen sus labores a puertas abiertas las pascuas, domingos y fiestas de guardar, ni en cualquier día, aunque dentro de ellas anduviesen sin señales. Ordenaban que en todas las calles y sitios donde hubiese vigas — es decir, atajos altos — para el apartamiento de morerías y juderías del resto de la población, hiciesen paredes y arcos de piedra o ladrillo ².

En el siglo XVI se acrecentaron los moriscos de Avila con parte de los expulsados de Granada. Entre éstos y los residentes de antiguo en la ciudad había 1.390, repartidos entre las parroquias de San Nicolás, San Diego — 60 — y Santiago — 100 —, situadas extramuros y a mediodía ³.

La expulsión de Felipe III alcanzó a 346 familias y 1.349 personas ⁴, número tan sólo excedido en Castilla la Vieja por los

¹ Provisiones reales de esa fecha ordenaron cumplir en favor de los judíos y moros que moraban dentro de la ciudad y diseminados en sus arrabales el privilegio de que disfrutaban sus respectivas aljamas para que no les fuesen tomadas de sus casas ropas de cama ni otras; que no les demandasen, ni repartiesen, ni llevasen velas, etc. (Ballesteros, *Est. hist. de Avila*, p. 180).

² Marqués de Foronda, *Las Ordenanzas de Avila* (Madrid 1917), pp. 52, 54, 72-73, 75-76, 138 y 153-154.

³ *Censo de población de las prov. y part. de la Corona de Cast. en el siglo XVI*, pp. 56, 61 y 183.

⁴ Janer, *Condición social de los moriscos*, apénds. LXXV y CXXX, pp. 268 y 346.

salidos de Valladolid. Los barrios meridionales fuera de la ciudad quedarían despoblados. El ayuntamiento de Avila solicitó la revocación del decreto de expulsión ¹.

El caserío de Avila en el siglo XIV: casas de madera, almojabas y cerraduras de alamud.

Como en Burgos, en Avila ha desaparecido totalmente el caserío medieval; el semblante de la ciudad cambió por completo. Pero la documentación conservada permite entrever algo de lo que era su aspecto urbano en los primeros años del siglo XIV. Ese borroso retrato de una parte de la ciudad lo proporciona el detallado registro o censo de las numerosas fincas urbanas de la catedral, que el cabildo, presidido por el obispo, mandó levantar en el año 1306 a su campanero y escribano Pascual Sánchez ².

Convivían entonces en Avila íntimamente mezclados en las casas propiedad del cabildo, cristianos, moros y judíos. El número de vecinos de los primeros no era mucho más elevado que el de los de las otras dos religiones. No suele constar el oficio de los moros; excepcionalmente figura el de un 'Abd Allāh, pintor.

La parte de la ciudad en la que estaban las casas registradas era la principal, en torno de la catedral, alcanzando extramuros desde el coso de San Vicente hasta el Mercado mayor, fuera de la puerta del Alcázar. Entre las humildes viviendas inventariadas habría otras grandes y torreadas, de nobles y ricos señores, sobre todo intramuros y junto a la cerca, de sillarejo y mampostería, con amplia puerta de ingreso, ventanas gemelas en fachada, y muy volado alero, de las que puede dar idea la de los Dávila, inmediata a la puerta del Rastro.

Predominaban, entre las fincas del cabildo, los corrales como

¹ Ballesteros, *Est. hist. de Avila*, pp. 159-160.

² A. H. N., Becerro de la cat. de Avila, secc. cód. 879. La parte referente a fincas urbanas la ha publicado María del Pilar Laguzzi, *Avila a comienzos del siglo XIV* (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, *Cuadernos de Historia de España*, XII, Buenos Aires 1949, pp. 145-180).

organización urbana, con entrada casi siempre única y viviendas en torno ¹. Estas eran en su mayoría muy reducidas, humildísimas, no pocas sin techo o a punto de perderlo; otras acostadas, caídas o en cuentos (es decir, apeadas), con paredes «mal paradas que se querían caer», dando idea de la pobreza de su construcción y mal entretenimiento, acorde con la sobria vida de los habitantes de extensas comarcas de nuestro país. Escasas eran las viviendas que se dice estar bien adobadas.

Muchas tenían portal, y bastantes bodega — abundaban las vides en los alrededores de Avila — casi siempre subterránea. En la planta baja estaba la cocina y en ella una escalera para subir al sobrado, desván o planta alta. «Palacio», es decir, sala de estancia en la que no se dormía, figura en varias, en la planta inferior también. Los muros del piso bajo acostumbraban ser de tapiería o adobes, pocas veces de piedra, empleada también en arcos de ingreso y umbrales. Tampoco abundaba mucho la fábrica de ladrillo, utilizada para arcos y pilares.

Sobre esa planta baja elevábase la estructura de madera del sobrado, cerrada en ocasiones exteriormente con adobes, pero con mucha mayor frecuencia con tablas, con las que se hacían también las divisiones interiores ². Tablas serradizas formaban el antepecho del sobrado. El pozo estaba en el portal o en el corral; su brocal era de piedra o de madera.

Aunque en Avila no exista, como en Burgos, documentación que lo demuestre, todas esas pobres casas serían obra de moros. Los nombres con los que se designaban varias de sus partes parecen comprobarlo.

En muchos de los sobrados de las casas propiedad del cabildo había «almojabas». Algunas estaban sobre la puerta; otras tenían sendos apartamientos de tablas, «comme dos camaretas». Sus «faceras» o delanteras eran de tablas, tabla y cabrío, rípia

¹ § 18, p. 154: «el corral bien cercado de tapia... e adentro tres casas»; § 19, p. 154: «corral con puertas e a en él tres casas»; § 95, p. 169: «En fondón de un corral pequeño tres casas»; «Vn corral con su pozo; e aderredor ocho casas con sus puertas», etc.

² § 10, p. 152: «Las paredes del sobrado son todas de rípia serradiza»; § 41, p. 158: «casa cerrada de rípia serradiza», etc. .

serradiza o de raer, o de ripia vana; bastantes, sin tablas, estaban abiertas. El suelo descríbese de ripia vana o de tablas serradizas ¹.

La palabra almojaba es poco frecuente en textos medievales y falta en casi todos los diccionarios. La incluye el *Histórico de la lengua española*, publicado por la Academia hace unos años, como anticuada y con significación de salidizo, invocando, como único testimonio, una disposición del *Fuero Viejo* de Castilla ²; también se encuentra en el de Soria, que prohíbe «de finestra o de almoxaba» echar «lixo (inmundicia) o agua alguna sobre otro» ³. Derivará del vocablo árabe *al-muǧā'iza*, que significa viga o madero saliente de un muro ⁴.

Almojaba sería, pues, el cuerpo de madera, volado sobre la calle, del desván o sobrado de las viviendas. Es elemento desaparecido por completo del panorama urbano de Avila. Pero en regiones próximas, como son las dos vertientes de la sierra de Gredos, hay pueblos — Guisando, Candeleda, Bohoyo y Pedro Bernardo, entre otros — abundantes en casas con plantas altas de estructura de madera que permiten evocar las avilesas medievales.

Las casas de madera abundaban mucho en la Edad Media,

¹ § 8, p. 152: «Vn sobrado bien adobado con su almoxaua»; § 10, p. 152: «En somo vn sobrado bueno con su almoxaua»; § 35, p. 158: «En somo buen sobrado con su escalera e su almoxaua»; § 45, p. 159: «las almoxauas cerradas de rripia vana abiertas»; § 95, p. 169: «sobrado sobre la puerta de fuera... con su almoxaua cerrada de tablas serradizas»; § 100, p. 170: «Las fazeras del almoxaua del sobrado están abiertas sin tablas»; § 115, p. 175: «las almoxauas todo de tablas serradizas», etc.

² T. I (Madrid 1933), pp. 470-471, lib. 5, tit. 3, leg. 4: «Si ermanos parten viñas, o casas, e cerca las casas ay carrera de conceio, e an cámara, o almojaba sobre la carrera, que sea encerrado aquello que sale sobre la carrera, e al partir que parten los ermanos, echan suertes así como es fuero, aquel a quien cayer la suerte de cercar la carrera, deve aver aquello que sale so la carrera de mejoría de otra suerte qualquiera». La palabra «almojaya», incluida por ese *Dicc.*, será variante de almojaba, de su misma significación.

³ Galo Sánchez, *Fueros castellanos de Soria y Alcaldé de Henares* (Madrid 1919), § 473, p. 181.

⁴ *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, por R. Dozy y el Dr. W. Engelmann, seg. edic. (Leiden 1869), p. 172.

cuando, como en los mismos alrededores de Avila, los pinares no habían sufrido las bárbaras talas de los últimos siglos.

No creo fácil decir si estas casas avilesas con almojaba eran de tradición indígena o importación islámica; en Andalucía no hay huellas de nada parecido.

Otra palabra de procedencia arábica, «alamud» (*al-^camūd*), frecuente en el inventario, designaba una clase de cerradura, cerrojo o pasador plano de madera; varias casas tenían cerradura de aldaba (*al-ḍabba*). De madera eran las cerraduras en país islámico, según Ibn Jaldūn; del mismo material las mencionan Ibn ^cAbdūn, con referencia a la Sevilla de hacia 1100, y Múnzer, al describir las viviendas del Albaicín granadino ¹.

IV. BAÑOS MUDÉJARES

Su geografía.



Tal vez sea la difusión extremada de la limpieza corporal, con la práctica frecuente del baño y la profusión de edificios destinados a ese fin, uno de los hechos más expresivos del influjo de la vida islámica sobre la sociedad cristiana española. Pues no sólo había baños en las ciudades conquistadas a los musulmanes, que siguieron abiertos y frecuentados por gentes de las tres religiones, sino también en otras urbes septentrionales, sin antecedentes islámicos. Citados quedan los de Burgos en los siglos XII y XIII; los hubo en Jaca, en la segunda mitad del XI ² y en

¹ Ibn Jaldūn, *Prolegómenos*, II, p. 377 de la trad. francesa de Slane; E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, *Sevilla a comienzos del siglo XII* (Madrid 1948), §§ 81 y 217, pp. 117-118 y 178; Jerónimo Múnzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 43-44. Dice Múnzer que esas cerraduras eran como las empleadas en Egipto y Africa.

² En 1086 daba Sancho Ramírez al infante Fernando Sánchez los baños de Jaca (A. H. N., San Juan de la Peña, perg. n.º 128); debo esta cita a don José M^a Lacarra. Probablemente después del primer incendio de los burgos de Jaca, en 1135-1137, dió Ramiro II a sus vecinos la mitad de los baños reales y de un huerto, *ad*

Canfranc a comienzos del XIII ¹. En las ciudades nuevamente fundadas, los monarcas levantaban edificios para bañarse, fuente siempre de buenos ingresos. Alfonso I el Batallador proyectaba construirlos en el burgo recién poblado de Sangüesa en 1127 ²; los había en Estella, fundada para francos como etapa del camino a Compostela ³. Alude a ellos la carta de población otorgada a San Sebastián por Sancho el Sabio hacia 1150. Repoblada Alba de Tormes en 1144, daba Alfonso VII a la iglesia de Salamanca sus diezmos, comprendidos los de los *balneis* ⁴. Baños había en Ciudad Rodrigo, repoblada por Fernando II en 1161. El fuero de Plasencia, ciudad que lo fué por Alfonso VIII en 1185, y el de Soria (entre 1190 y 1214), aluden repetidamente a baños ⁵.

Tradición islámica del baño.

Pudiera sospecharse que los baños hispanomusulmanes fueran modesta supervivencia de las grandes y lujosas termas romanas, a las que con tanta afición y frecuencia acudirían sus pobladores, como en otros lugares del gran Imperio. Pero la se-

claudendam villam (Dámaso Sangorrín, *Libro de la Cadena de Jaca*, Zaragoza 1920, p. 138). En 1210 había en la misma ciudad una plaza llamada de los Baños (Arch. Cat. Huesca, Lib. de la Cadena, pp. 422-423, según cita de José M^a Lacarra, *Desarrollo urbano de Jaca en la Edad Media*, apud *Est. Edad Med. Corona Aragón*, vol. IV [Zaragoza 1950], pp. 150 y 153).

¹ En 1205 dió Pedro II al mon. de Santa Cristina de Somport las heredades y baños que tenía en la villa de Canfranc (R. del Arco, *El monasterio de Santa Cristina*, apud *Linajes de Aragón*, V, 1914, p. 106).

² Cambio realizado en 1127 por Alfonso I con Perán, poblador del burgo nuevo de Sangüesa; éste da un huerto al rey para que haga unos baños a cambio de un horno (A. H. N., San Juan de Jerusalén, leg. 716-718; publicado por Lacarra en *Est. Edad Med. Corona Aragón*, v. III, doc. n^o 133, p. 535).

³ En 1283 se reparaban los baños nuevos y viejos de Estella (Fr. Michel, *Hist. de la guerre de Navarre*, París 1856, pp. 569-570). Es dato que debo a Lacarra.

⁴ Julio González, *Repoblación de la Extremadura leonesa* (*Hispania*, III, 1943, p. 222).

⁵ Ciudad Rodrigo, *La Catedral y la Ciudad*, por don Mateo Hernández Vegas, t. I (Salamanca 1935), p. 214; Galo Sánchez, *Fueros., de Soria y Alcalá*, §§ 252 y 337, pp. 91 y 122.

mejanza grande de los construídos en la España cristiana y los de la islámica es argumento decisivo para rechazar esa hipótesis. Parece, pues, existir entre la costumbre y los edificios de la época romana y de la Edad Media solución de continuidad. En los primeros siglos de ésta no se perdió por completo el hábito del baño. San Isidoro prohibió severamente el uso de las termas, aunque fuera por el único deseo de limpiar el cuerpo. Según la regla de San Leandro, «la virgen de Cristo debe abstenerse de los baños» como del vino y de la carne.

Las crónicas de la Reconquista aluden reiteradamente a baños construídos en Oviedo y sus inmediaciones por Alfonso II el Casto (791-842) y Ramiro I (842-850). Lo más verosímil es que no tuvieran la disposición de los de la España islámica, respondiendo a la tradición romana o a influjo carolingio.

Los más antiguos baños mudéjares de que hay noticia — pudieran calificarse también de mozárabes — los construyó Alfonso III dentro de Zamora, sobre el Duero. Mencionalos la escritura de dotación de la catedral de Oviedo de 20 de enero 905, al recargarlos el monarca con la contribución¹ de 20 sueldos mensuales para las luces de ese templo. Vuelve a citarlos en la donación de 10 agosto 908, confirmando que, en efecto, producían 20 sueldos de plata cada mes¹. Según Ibn Hayyān, gente de Toledo construyó, urbanizó y restauró el despoblado zamorano; en 893 un rico mozárabe de esa ciudad costeó las murallas que la circuían. Los baños de Zamora serían, pues, semejantes a los islámicos contemporáneos de Toledo. En un diploma de Ordoño III, de 951, vuelven a mencionarse: *balneos nostros in flumen Dorio in Zamora*»².

¹ «Concedimus intra civitatem Zamoram Balnea, que construximus ibi, quae acquirunt per unumquemque mensem viginti solidos ad opus luminis Ovetensi Ecclesiae» (Don. de 905; *Esp. Sag.*, apénd. XI, p. 335). El doc. de 908 dice: *Fructus balnei quam construximus in ciuitate Zamora, cuius fructus omni luna apenditur argenti solidos XX^{ti} qui in anno faciunt solidos ducentos quadraginta*» (Arch. Cat. Oviedo; publicado por Claudio Sánchez-Albornoz, *Serie de documentos inéditos del reino de Asturias*, en *Cuadernos de Hist. de España*, I y II, Buenos Aires 1944, doc. II, pp. 329-330).

² Barrau-Dihigo, *Notes et documents* (*Revue Hispanique*, Burdeos 1903, pp. 384).

Refiere don Lucas de Tuy en su *Crónica*, y a fines del siglo XIII lo reproduce la *Primera Crónica General*, que tras la derrota de Uclés (1108), en la que murió el infante Sancho, hijo de la «mora Zaida», preguntó Alfonso VI a los sabios de la Corte la causa de que sus caballeros no pudieran pelear ni sufrir el trabajo de la hueste, a lo que contestaron que por ser dados a los baños y muy delicados. Entonces el monarca hizo destruir los baños existentes en su reino y trabajar a los caballeros en múltiples faenas ¹. Este relato, extraordinariamente difundido, de un hecho que se supone ocurrió casi siglo y medio antes de la terminación, en 1236, de la *Crónica* del Tudense, parece legendario, pues no hay más dato que lo autorice y los baños siguieron construyéndose y usándose en el siglo XII. Es la primera manifestación conocida de la inquina del elemento eclesiástico contra esa costumbre y revela que en León, donde el cronista escribía, no debía de haber baños. En los siglos XII, XIII y XIV la costumbre de ir al baño era general en toda la España cristiana, hasta en los lugares más septentrionales y apartados.

Propietarios y arrendadores.

«Todos los baños que son en las ciudades, en las villas, son del Rey, si non los que le diere a algún home, o los que el Rey mandare fazer a alguno, por le fazer merced...; el baño non lo face si non home poderoso», dicen las Ordenanzas medievales de Toledo y repiten las de Sevilla, copia suya ². Los baños eran fuente saneada de ingresos, por lo que el monarca solía reservar-se su propiedad, como hizo en 1169 Alfonso II al otorgar carta

¹ *Perquisivit autem rex Adefonsus a sapientibus, quare sui milites non poterant laborem exercitus tolerare. Responsumque est illi: quia eo quod erant balneis dediti, ed admodum delicati. Tunc rex fecit balnea sui regni destrui, et milites variis exercitiis insudare*» (Schot, *Hispania illustrata*, t. IIII, p. 102). *Primera Crónica General*, edic. Menéndez Pidal, cap. 884, p. 555.

² *Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de... la ciudad de Toledo* (Toledo 1858), cap. XVIII, tít. XIV, p. 20.

de población a Tamarite de Litera, y Jaime I en 1251 al conceder privilegio de población a los sarracenos del arrabal de Játiva ¹. Pero con frecuencia el rey hacía cesión de ellos o de parte de sus ingresos a catedrales, iglesias, comunidades religiosas y aun a particulares, incluso judíos, para premiar servicios especiales.

Los fueros de algunas ciudades — Calatayud, Cáceres, Usagre, Sepúlveda, Zorita de los Canes; Cuenca, Brihuega, Iznatorraf, Valencia, Soria ², San Sebastián y Tortosa, entre otras — autorizaban a cualquier vecino para hacer baños y explotarlos ³.

Al arzobispo de Toledo concedía Alfonso VIII en 1173 un baño en Guadalajara, cerca de la puerta de Alvar Fáñez ⁴. Probablemente también por concesión regia, la iglesia toledana poseía otro en Toledo, llamado del Arzobispo en el siglo XIII ⁵.

En el *Repartimiento* de Sevilla dió Fernando III a su iglesia mayor unos baños en la collación de San Vicente, llamados más tarde de la Reina mora. El cabildo eclesiástico de la misma ciudad explotaba otros de su propiedad en el siglo XV, cerca de San Ildefonso, arrendados a una mujer llamada Mayor Rodríguez ⁶.

¹ Janer, *Condición social*, pp. 199-200.

² *Esp. Sag.*, XLIX, apénd. n.º XX, p. 350; Galo Sánchez, *Fueros... de Soria y Alcalá*, § 337, pp. 122-123. Había baño en Soria en 1157, pues Sancho III dió sus décimas en esa fecha, con las de otros bienes, al obispo de Osma, confirmando anterior donac. de Alfonso VII (Juan Loperráez Corvalán, *Descripción histórica del obisp. de Osma*, tom. terc., Madrid 1788, doc. n.º XXV, pp. 32-34).

³ El «Libro de las costumbres de Tortosa» dice que los baños en que se pagaba y tomaba alquiler eran de la Universidad de Tortosa; podían, sí, hacerlos los particulares, pero para su propio uso y sin admitir retribución (José Foguet Marçal, *Llibre de les Costums Generals scrites de la insigne ciutat de Tortosa*, Tortosa 1912, lib. IX, rúbrica 13, pp. 428-429).

⁴ Arch. Hist. Nac., *Liber privilegiorum* de la igl. toledana, f.º 45. (*Discursos leídos ante la Real Acad. de la Hist. en la recepción pública de don Juan Catalina García*, Madrid 1894, p. 22).

⁵ Angel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. preliminar (Madrid 1930), p. 270, y vol. II (Madrid 1926), documento n.º 455, p. 58.

⁶ José Gestoso y Pérez, *Sevilla monumental y artística*, III (Sevilla 1892), p. 474.

La reina doña Urraca dotó en 1120 el alumbrado de la catedral de Burgos con la décima de la renta de varias propiedades de esa ciudad, entre ellas de los baños. Tal vez fuesen los situados en el barrio de San Lorenzo que menciona un documento de 1091 ¹. En 1128 Alfonso VII otorgaba al obispo y cabildo de Burgos el diezmo de los derechos reales sobre los baños de la ciudad. Parte de los beneficios que éstos producían iban a la gran abadía de Cluny, a satisfacer el censo establecido por Fernando I y doblado por Alfonso VI ². Alfonso VIII daba en 1187 al recién fundado monasterio de Santa María la Real (más tarde llamado las Huelgas) los baños de Burgos, prohibiendo levantar otros, que, de hacerse, pertenecerían al monasterio ³. Las dueñas de éste no se limitaron a cobrar esas rentas, pues la abadesa doña Sancha construyó a sus expensas en 1208, en un solar de la Llana de Burgos, propiedad real y junto al antiguo palacio del monarca, unos baños con unas tiendas inmediatas ⁴.

Al monasterio de monjas de San Clemente de Toledo dió Alfonso VII un baño que había pertenecido a los judíos de esa ciudad ⁵. Sería el situado en el arrabal, objeto de otra concesión de Alfonso X en 1254 para que las monjas lo labrasen, «e que bannen e que fagan dél e en él como ellas quisieren» ⁶.

El viejo edificio estaba ruinoso, pues al año siguiente se ce-

¹ Donación de Alfonso VI al mon. de San Juan, *qui est in introitu de Burgos*, de un molino *qui est super illos bannos: et illo forno qui est in barrio de sancti Laurencii* (Monasterio de San Juan de Burgos, por Fr. Alfonso Andrés, apud BRAH, LXXI, 1917, pp. 119-120).

² Serrano, *El Obispado de Burgos*, tom. terc., docs. nºs 79 y 89, pp. 147-148 y 161-162; Rafael Alcocer, *Rev. Hist. de Valladolid*, 1918.

³ Serrano, *El Obispado de Burgos*, tom. terc., doc. nº 206, pp. 324-326; Rodríguez López, *El Real Mon. de las Huelgas*, t. I, colec. dipl., nºs 2 y 32, pp. 325-326 y 362-364.

⁴ Rodríguez López, *El Real Mon. de las Huelgas*, t. I, col. dipl., nºs 58 71 y 88, pp. 411-412, 423-426 y 464-466.

⁵ Bib. Nac., Cop. Burriel, ms. 13.045, según cita de Manuel Vallecillo Avila, *Los judíos de Castilla en la Alta Edad Media* (Cuadernos de Historia de España, XIV, Buenos Aires 1950, pp. 57-58).

⁶ A. H. San Clemente de Toledo, vitrina 7, autog. 6. Lo publicó don Ramón Menéndez Pidal en *Documentos lingüísticos de España*, I, Reino de Castilla (Madrid 1919), doc. 323, pp. 432-433.

lebró un contrato entre el Comendador del convento, en nombre de éste, con don Juan el Albañil, encargado de repararlo. El documento, detalladísimo, está escrito en árabe, y se describen en él minuciosamente las obras a realizar, permitiendo comprobar que su disposición era idéntica a los de la España islámica. En 1256 el presbítero Domingo daba un manantial existente dentro de su casa, en el citado arrabal, al convento de San Clemente para que sus aguas se utilizasen en dichos baños ¹.

Al convento de Santo Domingo de Estella concedían los reyes de Francia y Navarra, don Felipe el Hermoso y doña Juana, unos baños y una torre inmediatos ².

Los baños de Sigüenza eran del obispo: el prelado don Bernardo de Agen concedió en 1144 parte de sus rentas, en unión de otras, a los canónigos de Santa María ³.

En 1263 Jaime I dió la explotación de los baños de Murviedro (Sagunto) al judío Jucef Xapput, mediante el censo de 200 sueldos reales ⁴. El mismo monarca autorizaba en 1270 a su prestamista y protegido el también israelita Astrug Jacobo Su-xó, bayle de Tortosa, Burriana, Peñíscola y Morella, para construir unos baños en Campanar (Valencia) y que los utilizasen aquellos que él quisiera ⁵.

En 1160 Ramón Berenguer IV se asociaba con su médico el alfaquí Abraham al-Faquimí (llamado Bonastruch), por el que tenía gran afecto, para construir y explotar unos baños en una huerta abundante en aguas, adquirida por el conde, bajo o junto al castillo nuevo de la judería, extramuros de Barcelona. Una vez hechos, las dos terceras partes de gastos y ganancias corresponderían a Ramón Berenguer y la restante al judío. Algo más de

¹ González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, vol. III (Madrid 1928), doc. n.º 780, p. 48.

«España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia», *Navarra y Logroño*, por don Pedro de Madrazo, t. III (Barcelona 1886), p. 56.

³ Manuel Pérez Villamil, *La catedral de Sigüenza* (Madrid 1899), documento n.º III, pp. 448-450.

⁴ Bronchat, *Regalías del Real patrimonio*, II, p. 109.

⁵ Leopoldo Piles Ros, *La judería de Burriana* (Apuntes para su estudio) (*Sefarad*, XII, 1952, p. 110).

treinta años después, en 1199, compró este establecimiento Guillermo Durfot en tres mil sueldos barceloneses; el rey Pedro II le había cedido sus dos terceras partes ¹. Llegaron estos baños casi intactos al siglo XIX; Bosarte los describió en 1786. Estaban en la esquina de la Boquería y la calle llamada de los Baños y fueron derribados en 1834 ². Otros hubo en Barcelona; en la Vilanova, cerca de Santa María del Mar, llamados baños viejos. Se destruyeron en el siglo XVI sin dejar rastro.

Poco después de la conquista de Lérida, Ramón Berenguer IV daba a la ciudad una casa, con un horno y baños, que había pertenecido al moro Abenhira. En Santa Coloma de Queralt el solar de la casa de baños parece haberse comprado en 1284. Los baños de Montblanch fueron adjudicados en 1303 a Juan Figuera mediante un censo ³.

Al parecer, las mujeres solían arrendar los baños públicos. Una Mayor Rodríguez, antes citada, arrendó los de San Ildefonso de Sevilla en el siglo XV. Na Masella de Granada, seguramente mora, explotaba los de Mallorca en 1302 ⁴. Y hacia mediados del siglo XIV otra que los documentos dicen lo era, doña Xançi, tenía arrendados unos existentes en Madrid, cerca de San Pedro ⁵. El estar al frente de los baños mujeres moras tal vez se explique por la costumbre, practicada por todas las que de ellos usaban, de someterse a operaciones complementarias del baño, la depilación entre ellas, realizada por musulmanas y subsistente en la sociedad cristiana hasta tiempos avanzados, cuando ya nadie se bañaba, a cargo entonces de las llamadas velleras.

¹ Jaime Villanueva, *Viaje literario a las iglesias de España*, t. XVIII (Madrid 1851), apénds. V, VI y VII, pp. 294-297.

² Bosarte, *Disertación sobre los monumentos antiguos*, p. 69; «Geografía General de Catalunya», *La ciutat de Barcelona*, por Francesch Carreras y Candi (Barcelona, s. a.), pp. 274-276.

³ *L'architecture gothique civile en Catalogne*, Les bains publics, por C. Martinell (París 1935), pp. 68-69.

⁴ *Bol. Soc. Arq. Luliana*, XX, p. 265, cita de la sugestiva obra de J. Rubió y Balaguer, *Vida española en la época gótica* (Barcelona 1943), p. 230.

⁵ Referencia en nota a la pág. 63.

Los baños en los fueros.

La más detallada información sobre los baños mudéjares se encuentra en los fueros concedidos por los monarcas y señores a sus villas y ciudades ¹. En las más importantes, como Toledo, tenían baños separados cristianos, moros y judíos, los de estos últimos situados en su vasto barrio. El de los cristianos estaba en el siglo XII hacia San Justo ². También en Zaragoza la judería poseía un baño exclusivo para el uso de sus vecinos, que sería el Real citado en 1228 en la colación de San Miguel, «a la puerta de la Judería» ³. Los había en las juderías de Vich y de Santa Coloma de Queralt ⁴.

El infante don Juan otorgó en 1381 al judío mallorquín Cresques Abraham, maestro en mapamundis y en brújulas, el derecho a establecer baños públicos en su casa de la judería, y una pluma de agua de la acequia superior de la ciudad ⁵.

Las Siete Partidas ordenaban — Part. VII, tit. XXIV, ley VIII — que «ningunt judío non sea osado de bañarse en baño en uno con los cristianos».

También en las morerías solía haber baños para el uso de sus pobladores; el de la del arrabal de Valencia era del rey; Pedro IV lo vendió en 1338, en pago de una deuda, *cum domibus, calderia et omnibus aliis apparatibus in ibi existentibus quoquomodo* ⁶. A los mudéjares se les permitía construir sus ba-

¹ Excelente artículo el de Aníbal Ruiz Moreno, *Los baños públicos en los fueros municipales españoles* (*Cuadernos de Historia de España*, III, Buenos Aires 1945, pp. 152-157).

² Angel González Palencia, *El Arzobispo don Raimundo de Toledo* (Barcelona 1942), p. 86, y *Los mozárabes de Toledo*, vol. preliminar, pp. 53-54.

³ Cartulario menor de la Seo, fol. 150 (*Historia de la economía política en Aragón*, por don Ignacio de Asso, Zaragoza 1947, p. 200).

⁴ Carreras Candi, *Evolució històrica dels jueus y jueisants barcelonins* (*Bulletí dels Estudis Universitaris*, Barcelona 1909, vol. III, p. 411).

⁵ B. Ferré, *Baños árabes en Palma* (*Bol. Soc. Arq. Luliana*, v. III, 1889, p. 129).

⁶ Francisco A. Roca Traver, *Un siglo de vida mudéjar en la Valencia medieval* (*Est. de Edad Media de la Cor. de Aragón*, vol. V, Zaragoza 1952, documentos n^{os} 28 y 29, pp. 206-208).

ños «a la costumbre de los moros», como se hizo con los de Morón que fueron a poblar Siliebar en 1255. Análoga concesión otorgó micer Ambrosio Bocanegra en 1371 a la aljama de moros de Palma del Río ¹.

En las poblaciones reducidas, un mismo establecimiento balneario servía para los vecinos de las tres religiones. En Tarazona, en el baño de la morería se bañaban todos, estando regulado su uso eclesiástica y municipalmente ². Es uno de tantos hechos, y de los más significativos, de la convivencia reinante en la España medieval. Queda memoria de la existencia de baño común, según sus respectivos fueros, en los de Sepúlveda, Calatayud, Zorita de los Canes, Cuenca, Teruel, Albarracín, Cáceres, Brihuega, Iznatoraf, Usagre y Tortosa ³. En todos se regulan los días en que los vecinos de las tres religiones y las mujeres podían usarlos. En varios no se menciona a los moros, tal vez por tener sus baños especiales. El Fuero de Cuenca, modelo de otros, dispone que los varones cristianos acudiesen al baño los martes, jueves y sábados; las mujeres, lunes y miércoles, y los judíos, viernes y domingos. La misma distribución figura en los de Iznatoraf y Zorita de los Canes ⁴, derivados del de Cuenca ⁵, y en los de

¹ Fernández y González, *Estado social de los mudéjares*, docs. nos XXXVI y LXXII, pp. 346-348 y 389-392.

² *Tarazona en el año 1375*, por José María Sanz Artibucilla (Tarazona 1943), pp. 19 y 27.

³ De éstos, el fuero más antiguo es el de Sepúlveda, otorgado por Alfonso VI en 1076; el de Calatayud lo concedió Alfonso I en 1131; en 1180 el de Zorita Alfonso VIII y el maestre de Calatrava don Martín Pérez de Siones, confirmado por Fernando III en 1218; el de Cuenca, Alfonso VIII a fines de 1189 o comienzos de 1190, y romanceado en los últimos años del siglo XIII; el de Teruel, en 1194-1195 o en el primer tercio del siglo XIII; concedió el de Albarracín su señor don Pedro Fernández en los primeros años del siglo XIII; el de Cáceres, en 1229; el de Brihuega lo otorgó don Rodrigo Jiménez de Rada de 1240 a 1242; el de Iznatoraf es algo posterior a 1252; don Pelayo Correa y la Orden de Santiago concedieron el de Usagre entre 1267 y 1275; el Código de Tortosa comenzó a regir en 1279.

⁴ *El Fuero de Zorita de los Canes*, por Rafael de Ureña y Smenjaud (Madrid 1911), pp. 67-69.

⁵ *Fuero de Cuenca*, por don Rafael de Ureña y Smenjaud (Madrid 1935), pp. 156-161.

Teruel y Albarracín ¹, pero en estos dos últimos los judíos compartían el baño con los moros tan sólo el viernes; el domingo no se calentaba, como tampoco en Brihuega ² ni en Valencia, ciudad esta última en la que una disposición de Jaime I, reproducida posteriormente, prohibía se usasen los baños el día festivo semanal y el Viernes Santo, pues debían celebrarse esas fechas con toda reverencia por cristianos, judíos y sarracenos, ya que Jesucristo, dice el monarca, ordenó que nadie llevara a cabo tarea alguna en domingo ni en el día que quiso morir ³.

En el fuero de Sepúlveda se destinan los martes, jueves y sábados a los varones cristianos; los lunes y miércoles, a las mujeres, y a los judíos, viernes y domingos. En el de Brihuega, lunes, miércoles y sábados a los primeros; martes y jueves a las segundas, y el viernes a los israelitas. El de Usagre dispone que las mujeres usen del baño jueves y domingos y los restantes días los varones. En Tortosa, la fusión entre los vecinos era completa, pues el «Libro de las costumbres» (1279?) dice que todos los ciudadanos, los sarracenos y judíos como los cristianos, podían bañarse de noche y de día sin reserva de días especiales.

Jaime Roig († 1478), poeta satírico y médico de doña María, mujer de Alfonso V, describe, en su delicioso *Llibre de les dones o Spill*, escenas ocurridas en un baño público valenciano entre damas que acudían a él de noche. Además de bañarse, bailaban, cantaban y comían ⁴.

Los ingresos de los baños, propiedad de la ciudad, se aplica-

¹ *Forum Turolij*, transc. y est. prel. por Francisco Aznar y Navarro (Zaragoza 1905), § 291, pp. 142-143. — Angel e Inocenta González Palencia, *Fragmentos del Fuero latino de Albarracín* (*An. de Hist. del Der. Español*, VIII, 1931, pp. 466-470); *Carta de población de la ciudad de Santa María de Albarracín*, est. y trans. de Carlos Riba y García (Zaragoza 1915), pp. 105-107 y 115.

² *El Fuero de Brihuega*, por don Juan Catalina García (Madrid 1888), p. 162.

³ Francisco Almela y Vives, *El «Llibre del Mustaçaf» y la vida en la ciudad de Valencia a mediados del siglo XVI* (Castellón de la Plana 1948), pp. 29-30.

⁴ Jaime Roig, *Llibre de les dones o Spill* (Barcelona 1928), p. 58.

ban en Tortosa a la obra de los muros, por una sentencia dictada en 1241 ¹.

Los fueros de Cuenca, Albarracín y Tortosa ² fijan el precio del baño en una meaja; en un óbolo el de Teruel; en cinco dineros los de Usagre y Cáceres; en un pepión el de Iznatoraf. En todos ellos se dispone el baño gratuito para los sirvientes o siervos y niños que acompañasen al que iba a bañarse; en Tortosa se fija la edad máxima de siete años para los últimos. Los sirvientes, según los fueros de Tortosa y Usagre, ayudaban a sus amos, echándoles agua, friccionándoles, etc. ³.

Castigábase con multas no muy crecidas — un maravedí en los fueros de Usagre y Cáceres, diez en los de Brihuega, Cuenca, Iznatoraf y Zorita — al hombre o a la mujer que entrare en el baño el día fijado para el otro sexo, o al varón que acechare a las mujeres en el baño. Según los tres últimos, no se imponía pena alguna al hombre que forzase a una mujer en él, los días fijados para los varones. En cambio, sufría la de muerte el que lo hiciese en días reservados a ellas. Si un cristiano hería o mataba a un judío que hubiese penetrado en el baño en día de los que no les estaban destinados, o viceversa, no sufría castigo.

Jaime I dispuso que hombres y mujeres se bañasen en días distintos; pero ya se dijo cómo en Tortosa, una de las ciudades más importantes de sus estados, esa orden no se cumplía. A pesar de las prohibiciones y amenazas de castigos, en algunos lugares, como Valencia, de gran libertad de costumbres, entraban los hombres violentamente en los baños mientras se bañaban las mujeres, lo que motivó una orden de Jaime II en 1324, dirigida al

¹ Próspero de Bofarull y Mascaró, *Col. docs. inéd. del Arch. Gen. Cor. Aragón*, IV (Barcelona 1849), p. 160.

² Foguet Marsal, *Llibre de les Costums Generals... de Tortosa*, pp. 34 y 428-429.

³ Según el fuero de Usagre no debía pagar todo hombre por escudero, y el que no lo tuviese llevaría hombre de su pan y las mujeres lo mismo; alcaldes, juez y escribano no llevarían más de un escudero al baño; los que no tuviesen escuderos y hombres de su pan, podían llevar tres: uno que los lavase, *et sit escusati* (Rafael de Ureña y Smenjaud y Adolfo Bonilla y San Martín, *Fuero de Usagre*, Madrid 1907, p. 127).

justicia de lo criminal de esa ciudad, prohibiéndolo y castigando con pena de azotes a los que lo hicieran ¹.

El señor del baño, dicen los fueros, debería tener dispuestas en él las cosas necesarias para su uso: agua fría y caliente, duernas y cubos limpios y mandiles ².

El almotacén era el encargado de velar por que estuviesen bien provistos de estas cosas.

El abastecimiento de agua variaba. Ruedas de baño mencionan los fueros de Zorita, Albarracín y Soria. En esta ciudad la sacaban del Duero, razón por la que se emplazaron junto al río; en otras, la noria la extraía de un pozo. El baño del arrabal de Toledo, propiedad del convento de San Clemente, y el situado cerca de la parroquia de San Pedro en Madrid, se surtían de manantiales. El de la morería de Valencia, de la cercana acequia de Rovella. Junto a los baños solían estar las tenerías y tintorerías, necesitadas de agua abundante.

Quiénes se bañaban.

Como se deduce de las páginas anteriores, en la España cristiana se bañaban todos: cristianos, moros y judíos, hombres y mujeres, monarcas y grandes señores. Y aún hay noticia de un monasterio femenino, el aragonés de Sijena, en cuya constitución de 1188 se reglamentaba el baño ³, con lo que sus monjas

¹ A. C. A., Reg. 248, fo 168 (J. Ernesto Martínez Ferrando, *Jaime II de Aragón*, su vida familiar, vol. II (Barcelona 1948), doc. n.º 414, p. 300). Sobre las libres costumbres valencianas en relación con el baño, mencionadas por los literatos contemporáneos, véase Rubió, *Vida española en la época gótica*, pp. 236-238.

² *Fuero de Usagre* y *Libro de las costumbres de Tortosa*. En los baños nuevos de Barcelona, en la segunda mitad del siglo XII, debía haber *de cubis, de vassis, de galletis, de mandilis, de caldariis*, etc.

³ Fr. Marco Antonio Varón, *Historia del Real Monasterio de Sixena, II* (Pamplona 1773), ap. p. II, XLVIII, y Delaville le Roulx, *Cartulaire général de l'Ordre des Hospitaliers de S. Jean de Jérusalem*, I, n.º 589. Debo la noticia y referencias a don José M^a Lacarra. El mon. de Sijena tenía siervos y esclavos moros a su servicio; a mediados del siglo XIII figuraba como tejedor de la casa monástica un moro llamado Brayn; el arquitecto, Maestro Vital, era hijo de David

no hacían más que conservar una antigua costumbre de los primeros siglos de la Iglesia ¹.

Aparte del baño en cubas, tinas o bañeras, practicado en todo tiempo y del que prescindió por no responder a influencia mudéjar, los monarcas se bañaban en baños de vapor según la moda islámica. Los conocería bien Jaime I el Conquistador (1208-1276), pues en su Crónica autobiográfica, si admitimos fué redactada por el soberano, al evocar noches de preocupación e insomnio, en momentos difíciles, pasadas dando vueltas y vueltas en el lecho, dice sudaba «como si estuviésemos en un baño» ².

En 1315, después de la boda de Jaime II con María de Chipre, el monarca ordenó que tuvieran dispuestos los baños del palacio del Real de Valencia y de la Aljafería de Zaragoza, pues iban a ir los reyes a esos lugares ³.

Los baños de las residencias regias seguirían la disposición musulmana, reproducida en los que Alfonso XI tenía en el Alcázar real de Córdoba, construido en 1328, y en los del palacio de Tordesillas, que lo fué entre 1340 y 1344.

En Toledo, según una «Cantiga» del rey Sabio, se bañaban las doncellas antes de casarse. Una mujer toledana:

Abnadean, un judío, al parecer. El moro Mahomat de Bellico, de Zaragoza, obró en 1354 la capilla de la Trinidad, obra de piedra, de arte gótico.

¹ Las dueñas de Sijena no hacían más que seguir una costumbre tradicional. Cuenta Gregorio de Tours en el siglo VI que la abadesa del convento fundado en Poitiers por Santa Radegunda tuvo conflictos con la autoridad eclesiástica respecto al baño de vapor de su monasterio, pero fué por permitir utilizarlos a sirvientes varones. — La abadesa del monasterio de los santos Marcelino y Pedro en Nápoles cedió en 983 un terreno inmediato a su convento *ad faciendam ibi balneum*, con la condición de permitir a sus monjas bañarse gratis en ellos, acompañadas por sus sirvientas, dos veces por semana (H.-I. Manon, *L'origine orientale des diaconies romaines*, apud École française de Rome, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, año LVII^o [1940], París, s. a., p. 119).

² *Historia del rey de Aragón don Jaime el Conquistador...*, traducida por Mariano Flotats y Antonio de Bofarull (Barcelona 1848), caps. CLXV y CCXXXVII, pp. 234 y 315. La *Primera Crón. Gen.* (edic. M. Pidal, c. 1126, p. 768), pondera el calor pasado por las tropas sitiadoras de Sevilla en 1248: sudaban «comme sy en banno estodiesen».

³ Martínez Ferrando, *Jaime II de Aragón*, vol. I, p. 230; vol. II, doc. n^o 201, pp. 139-140.

... deu-o a sa fílla
e' leuou-a a bannar,
com' é costum' en Toledo
de quantas queren casar ¹.

Al ser en esa ciudad corriente la asistencia al baño, tal vez fuera el prenupcial como ceremonia ritual antes de perder la doncella, de la que se encuentran huellas en otros países ².

Prueba lo corriente del baño femenino el que en casi todos los fueros, y entre ellos en el Real, sea el edificio a él destinado uno de los lugares en los que, para lo sucedido en su interior, era válido el testimonio de las mujeres, cuyas actividades limitan bien esas disposiciones ³.

Del baño de las gentes humildes, aun en medios rurales, como eran los de Iznatoraf y Usagre, abundan los testimonios. Aymeric Picaud refiere en el siglo XII que un campesino de Tudején (junto a Fitero, en Navarra) pasó el día de Santiago trillando en la era; al anochecer entró en un baño, antigua y admirable obra sarracena existente junto al castillo. Al sentarse, se le pegó al muro la piel, desde los hombros a las piernas, exhalando el último suspiro, en castigo por haber transgredido un día de tan gran fiesta ⁴.

Bañábanse también los comerciantes de las repúblicas italianas establecidos en la España cristiana, a los que los monarcas

¹ *Cantigas de Santa María de don Alfonso el Sabio*, v. II (Madrid 1889), cant. CCXII, p. 295.

² La infanta Isabel, hija de Pedro el Ceremonioso, la antevíspera de su boda en 1407, en Valencia, se dirigió, acompañada de muchas nobles damas y doncellas, al baño que se había hecho en el palacio del Real viejo (Daniel Girona Llagostera, *Itinerari del rey en Martí* [1403-1410], apud. *Institut d'Estudis Catalans, Anuari*, MCMXIII-XIV, V, Barcelona 1915, p. 614).

³ «Toda muger vecina, o fija de vecino, pueda testiguar en cosas que fueren fechas o dichas en baño, o en forno, o en molino, o en río, o en fuente, o sobre filamientos, o sobre teximientos, o sobre partos, o en catamiento de muger, o en otros fechos mugeriles y no en otras cosas...»

⁴ *Crónica de Turpin*, lib. V, cap. VII (Aymeric Picaud y Navarra, por L. Vázquez de Parga, apud *Correo Erudito*, a. IV, p. 113).

concedían — lo mismo que los de la musulmana a los residentes en ella — autorización para construir y tener baños ¹.

Los edificios.

La disposición de los nuevos baños construídos en las ciudades cristianas era idéntica a la de los musulmanes, a base de tres habitaciones abovedadas, el cuarto frío, el intermedio y el caliente, a los que algunas veces se agregaba otro para vestirse, a más del ingreso y los locales de servicio, caldera y depósito de leña. En el contrato aludido para la restauración del baño propiedad del convento de San Clemente de Toledo, nómbranse esas diversas partes con las palabras dichas, traducidas al árabe, que eran las empleadas para designarlas en la España musulmana ².

Comprueban la identidad entre los baños de las dos Españas medievales los pocos que se conservan. De algunos de los que quedan escasos restos es difícil decir si se levantaron bajo el dominio islámico o en época cristiana.

Derribáronse en la primera mitad del siglo XIX, como se dijo, pero existen planos y dibujos que permiten formar idea suficiente de los llamados nuevos de Barcelona, construídos poco después de mediar el siglo XII ³. Casi intactos, merced a su conservación en el interior de un convento, permanecen los de Gerona, también de piedra, a diferencia de los islámicos, y en los que el arte occidental, aunque tal vez interpretado por moros, domina en la estructura de alguna de sus partes y en la decoración. La primera noticia conocida de ellos es del año 1194, en el que Alfonso II de Aragón concedió una renta anual de 250 sueldos sobre sus ingresos para el alumbrado de Santa María de

¹ Ramón Carande, *Sevilla, fortaleza y mercado* (An. Hist. Der. Esp., II, Madrid 1925, p. 288).

² Documentos de Valencia y su región se refieren a la «casa caliente», la habitación inmediata a la caldera, la que estaba a más elevada temperatura (José Rodrigo Pertegás, *La morería en Valencia* (BRAH, LXXXVI), 1925, p. 248).

³ Alexandre de Laborde, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, tomo primero (París 1806), pp. 8-9 y lám. X.

Gerona. Destruídos en la entrada de los franceses, Jaime II los dió en 1294 a Ramón de Toylá, con la condición de reedificarlos. Lo estaban en diciembre de 1296; su reconstrucción importó mil novecientos uno y medio sueldos barceloneses. En 1322 el rey los cedió en enfiteusis a Ramón Simo de Toylá, sobrino y heredero del anterior propietario, por el censo anual de un «morabetí» de oro ¹.

En el siglo XIII se construirían los baños de la judería de Zaragoza. Muy destrozados y en completo abandono subsisten en los sótanos de la casa n^{os} 146 y 148 del Coso. Algunos de los pilares que sostienen sus bóvedas tienen planta gótica; entre aquéllas las hay de ojivas ².

Los baños del Alcázar nuevo de Córdoba, levantado por Alfonso XI en 1328, acaban de descubrirse y aún no han sido descritos ni estudiados. Los del palacio de Tordesillas, construído por el mismo monarca después de la batalla del Salado (1340) y con el botín adquirido en ella, serán, como el alcázar inmediato, obra de moros andaluces. Su importancia comprueba lo islamizados que estaban en sus costumbres algunos reyes castellanos.

Las *Ordenanzas* de Toledo, y tras ellas las de Sevilla, dicen que las puertas de los baños no se deben hacer fronteras a otras, «ca es gran descubrición». Recomiendan también que todo hombre que hiciere baño, lo haga sin perjudicar a sus vecinos ³.

¹ Enrique Claudio Girbal, *Estudio histórico-artístico acerca de los llamados Baños árabes de Gerona* (Gerona 1888); J. Puig i Cadafalch, *Els banys de Girona i la influencia moresca a Catalunya* (*Anuari de l'Inst. d'Est. Catalans*, V, pp. 701-707), y *El banys de Girona, Guía descriptiva* (Barcelona 1936); Diputación de Gerona, *La exclaustación y restauración de los Baños árabes de Gerona* (Gerona 1930).

² Luis de la Figuera, *Los baños árabes de Zaragoza* (*Arquitectura*, V, Madrid 1923, pp. 135-138).

³ *Ordenanzas para el buen régimen... de Toledo*, cap. XVIII, tít. XIV, p. 20; *Ordenanzas de Sevilla* (Sevilla 1527), cap. XVIII, f^o CXLIII, y cap. XXXIV f^o CXLV.

*La disputa del baño y la extinción de su hábito
en la España imperial.*

Desconócese cómo fué desapareciendo de la vida española la costumbre del baño, tan generalizada en la Edad Media, hasta extinguirse casi por completo durante el reinado de la dinastía austríaca. Tal vez lo ocurrido con un baño de Madrid sea uno de los primeros y prematuros síntomas de su extinción.

Estaban situados esos baños madrileños en la colación de San Pedro. Caídos en 1263, Alfonso X dió su solar, «que fué bannos», al concejo para que «ellos fagan aquellos bannos que son derribados a su cuesta e a su misión», y que la renta que produjesen se destinase a adobar los muros de la villa y a otras atenciones ¹. Reconstruyólos el concejo. Poco antes de mediar el siglo XIV los tenía arrendados y explotaba una mora llamada doña Xançi, mediante una renta de 500 o 600 maravedís; inmediatas había tenerías. Pero antes de terminar el siglo, en 1399, se alude a ellos como si llevasen bastantes años caídos — tal vez abandonados por desuso —. Convertidos de nuevo en solar, el concejo abrió caños para llevar el agua a una fuente llamada de la Alcantarilla, haciendo arcas y pilares donde abrevasen las bestias y aprovechando la piedra y ladrillo de las ruinas en la reparación de muros, puentes y fuentes de la villa ².

Refleja la enemiga que iba cundiendo en el siglo XV contra el baño el obispo y humanista don Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), al hacer de Enrique IV en su *Historia hispánica*, escrita por encargo del monarca, un retrato bien distinto del que nos han dejado otros historiadores no oficiales. Era el rey, dice, humano, piadoso, manso, templado en el comer, sobrio en el beber, enemigo de baños, despreciador de afeminados que sólo piensan en lavarse y teñirse y rizarse el cabello ³.

¹ Documentos del Arch. general de la villa de Madrid, interpretados y coleccionados por don Timoteo Domingo Palacio, t. I (Madrid 1888), pp. 93-94.

² Docs. del Arch. general de la villa de Madrid, seg. serie, t. I (Madrid 1932), doc. nº LIII, pp. 325-333.

³ Teodoro Toni, Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470 (An. de Hist. Der. Español, XII, 1935, p. 165).

Lucio Marineo Sículo explicó la causa — seguramente no única — del abandono de la costumbre de ir a los cuatro buenos baños públicos que había en Toledo hacia 1500, explicación aplicable no solamente al resto de España, sino a toda la Europa occidental: de «poco tiempo acá se han perdido porque la gente no osaba entrar en ellos, de temor que se bañaban allí los que estaban enfermos de las buvas». Para curarlas dice ser muy provechosos los de Alhama, y califica de excelentes los baños que había en Granada, Sevilla y Valencia ¹.

Fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina Católica y luego primer arzobispo de Granada (1492-1507), noble y santa figura de prelado, en las instrucciones para el régimen interior de su palacio, dispuso hubiera un cubiculario que tendría «bañín e saúana e otras cosas neçesarias» para «lavarle los pies» cada mes una vez, «de noche en ynvierno e de día en verano» ².

No parece que eran mayores las necesidades de limpieza del emperador Carlos V, enterrado en vida en el delicioso retiro de Yuste, puesto que allí no había baños, y en el detalladísimo inventario de su ajuar tan sólo figuran, como relacionados con ellos, «quatro paños de Olarka como sábanas que serbían para quando Su Magestad se lavaba lo pies» y «dos paños de tela que servían de limpiar los pies quando se lavaba Su Magestad» ³.

Reflejaba el pensamiento general de los españoles viejos, poco despues de mediar el siglo XVI, Fernández de Oviedo al escribir en sus *Quincuagenas*:

*El pueblo que quiere vaños
no está con pocos viçios.*

¹ Lucio Marineo Sículo, *De las cosas ilustres y excelentes de España* (Alcalá de Henares 1530), f° v v. Recientemente ha escrito Lewis Munford — *La cultura de las ciudades*, I (Buenos Aires, s. a.), p. 200 — que, tal vez debido a los peligros de la sífilis, el baño, aun el ritual entre los judíos, fué usándose cada vez menos en el siglo XVI.

² J. Domínguez Bordona, *Instrucción de fray Fernando de Talavera para el régimen interior de su palacio* (Madrid 1930), p. 33.

³ Juan José Martín González, *El palacio de Carlos V en Yuste* (*Arch. Esp. de Arte*, XXIV, 1951, p. 127, n° 13).

Cosa — añade — «insuficiente e de no ser tolerada en ningún pueblo bien gouernado. E los casos de vergüença e libidinosos, que de los baños suçeden, de las conciencias de los gouernadores penden, e a su cuenta se les cargará, y posible sería que, demás de la pena que en la otra vida se les imputará, que en esta les quepa parte del ataquía...» ¹.

En la junta de prelados celebrada en Granada, por orden de Carlos V, para reforma de las costumbres de los moriscos, mandáronles quitar la lengua, el hábito y los baños que, dice don Diego Hurtado de Mendoza, «era su limpieza y entretenimiento» ². A petición de los moriscos esas órdenes, promulgadas en 1526, suspendiéronse por cuarenta años.

Transcurridos, una nueva junta, reunida en Madrid en 1566 por orden de Felipe II con el mismo objeto, dispuso que los moriscos «en ningún tiempo usasen de los (baños) artificiales, y que los que había se derribasen luego; y que ninguna persona, de ningún estado y condición que fuese, no pudiese usar de tales baños, ni se bañasen en ellos en sus casas, ni fuera de ellas». El mismo año, el presidente de la Audiencia real de Granada don Pedro de Deza, decía ser averiguado que los baños eran «un vicio malo, de donde resultaban muchos pecados en ofensa de Dios, y una costumbre deshonesta para sus mujeres e hijas.»

El 1 de enero de 1567 se pregonó en Granada la pragmática sobre las costumbres de los moriscos, causa de la sublevación, en la que, entre otras cosas, se ordenaba que las justicias hiciesen derribar todos los baños artificiales, comenzando, para ejemplo, por los de propiedad real. Felizmente la disposición, como tantas otras en diversas ocasiones, no se cumplió a rajatabla, gracias a lo que se conservaron restos importantes de algunos; pero sí cerráronse todos.

¹ *Las Quincuagenas de la Nobleza de España*, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, tomo prim. (Madrid 1880), pp. 445-446.

² «Vedáronles» (a los moriscos) el uso de los baños, que era su limpieza y entretenimiento» (*De la guerra de Granada*, Comentarios, por don Diego Hurtado de Mendoza, edic. Gómez-Moreno, «Memorial Hist. Esp.», XLIX, Madrid 1948, p. 15).

Ante la teoría del baño superfluo y motivo de pecado, los moriscos, cuyo sentimiento fué grande, alzaron inútilmente sus voces en su defensa. El caballero y morisco principal Francisco Núñez Muley decía, pidiendo la suspensión de la pragmática: «¿Podráse pues averiguar que los baños se hacen por cerimonia? No por cierto. Allí se junta mucha gente, y por la mayor parte son los bañeros Christianos. Los baños son minas de inmundicias, la cerimonia o rito del Moro requiere limpieza y soledad: ¿cómo han de ir a hacerla en parte sospechosa? Formáronse los baños para limpieza de los cuerpos, y decir que se juntan allí las mujeres con los hombres, es cosa de no creer, porque donde acuden tantos, nada habría secreto: otras ocasiones de visitas tienen para poderse juntar, quanto más que no entran hombres donde ellas están. Baños hubo siempre en el mundo por todas las provincias; y si en algún tiempo se quitaron en Castilla, fué porque debilitaban las fuerzas y los ánimos de los hombres para la guerra ¹. Los naturales de este reyno no han de pelear, ni las mugeres han menester tener fuerzas, sino andar limpias; si allí no se lavan, en los arroyos, fuentes y ríos, ni en sus casas tampoco lo pueden hacer, que les está defendido, ¿dónde se han de ir a lavar?; que aun para ir a los baños naturales, por vía de medicina en sus enfermedades, les ha de costar trabajo, dineros y pérdida de tiempo en sacar licencia para ello» ².

Completan el anterior razonamiento las palabras que Hurtado de Mendoza pone en boca de don Hernando de Valor, el Zaque, «hombre de grande autoridad y consejo maduro, entendido en las cosas del reino y su ley», al que habían resuelto los moriscos hacer rey, como dirigidas a los reunidos en la casa de un morisco del Albaicín: «Vivirán nuestras mugeres sin baños, introducción de tantos años; veránlas en sus casas tristes, suzias, enfermas, donde tenían la limpieça por contentamiento y por sanidad» ³.

¹ Reflejo del cuento del Tudense, sin duda popular en el siglo XVI.

² *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, por Luis del Mármol Carvajal, seg. imp., tomo I (Madrid 1797), caps. VIII y IX, pp. 150-162.

³ Hurtado de Mendoza, *De la guerra de Granada*, p. 22.

Si en Granada se desterró por completo la costumbre de asistir al baño público, perduró excepcionalmente en Sevilla, en donde en la segunda mitad del siglo XVI continuaban abiertos, sin interrupción desde la época islámica, los de San Ildefonso y San Juan de la Palma. Dice Alonso de Morgado — en 1560 — que en su tiempo usaban mucho de los baños en Sevilla. Por ser costumbre de tiempo inmemorial, acudían las damas sevillanas de día al baño sin causar extrañeza, mientras que la noche se reservaba para los hombres. Había en esos edificios grandes salas con caños de agua caliente y fría. A los clientes, les daban un ungüento que refrescaba y limpiaba a la vez el cuerpo ¹. «Mujer conozco yo en Sevilla, que todos los sábados por la mañana ha de ir al baño, aunque se hunda de agua el cielo», escribió Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, compuesto de 1602 a 1603. Seguían aún en uso esas dos casas de baños a fines del siglo XVII.

Sevilla era en ese aspecto, como se dijo, caso excepcional. Un crítico de las costumbres de la Corte en los días de Felipe IV y Carlos II, pedía el establecimiento de baños y estufas para la «limpieza y holganza» de las gentes, y que «sean los más nobles los primeros en hacerlo, para que los demás sigan el ejemplo» ².

Pero no se crea que esta extinción de la costumbre del baño ocurrió exclusivamente en la España imperial. Fué fenómeno general a toda la Europa de occidente cuando triunfaba el Renacimiento. En 1292 había en París veintiséis establecimientos de baños de vapor; en el reinado de Luis XIV tan sólo subsistían

¹ Alonso de Morgado, *Historia de Sevilla* (Sevilla 1887), pp. 142-143. En Valencia también parece que subsistía la costumbre de bañarse a comienzos del siglo XVI, pues en 1503 se arrendaban unos (Arch. Coleg. Patriarca, Prot. de Bernardo Sorell, según cita de José Rodríguez Pertegás, *La morería en Valencia*, BRAH, LXXXVI, 1925, p. 249, n. [1]).

² Ms. de la B. N. citado por Julián Juderías, *España en tiempo de Carlos II* (Madrid 1912), p. 62. Según el P. Moret — *Anales del reino de Navarra*, lib. XVIII, cap. I, § 6 —, que escribía en 1645, el baño fué regalo «que introdujeron los moros en España, y lo malo aun de los enemigos se aprende; aunque después se desterró por pernicioso».

dos. Veintinueve eran los de Francfort en 1387; en 1530 no quedaba ninguno ¹. El ideal medieval de la limpieza del cuerpo humano sufrió un largo eclipse.

V. APOSTILLAS FINALES

Mudéjares y foráneos.

Difícil era a los extranjeros darse cuenta de la compleja vida social de las ciudades cristianas de la Península y de lo que representaban en ella, tanto por su número como por sus actividades, moros y judíos. Los españoles de las tres religiones vivían entremezclados de tal forma en todos los medios sociales, que fué imposible, hasta que a fines del siglo XV variaron las circunstancias, separar los de los distintos credos que formaban la tupida y bien trabada malla de la vida nacional, repetidamente intentada desenredar por Roma. Pontífices y concilios dictaban disposiciones tras disposiciones ordenando el aislamiento de los infieles, acatadas por los monarcas y la Iglesia nacional, pero difíciles de cumplir por entonces. Aquéllos y ésta mantenían un arduo equilibrio entre la inexcusable obediencia a las órdenes de Roma y, no ya el interés, sino la misma vida del reino.

El concilio de Coyanza decretó en 1055 la separación de morada de los judíos, y nada dispuso respecto a la de los moros por no haberse presentado el problema para éstos en esa fecha. Pero en el III de Letrán, en 1179-1180, ya eran los de España reyes de las tres religiones; existían numerosos núcleos de musulmanes e israelitas en las ciudades de reciente fundación y en las conquistadas, por lo que ese concilio prohibió severamente la convivencia de cristianos con moros y judíos.

En una bula dirigida por Inocencio III en 1205 a Alfon-

¹ Munford, *La cultura de las ciudades*, I, pp. 200-201; *Manuel d'Archéologie française*, prim. parte, *Architecture civile et militaire* (Paris 1904), páginas 86-88, por Camille Enlart.

so VIII, le dice que por su conducta parece amar más a la mezquita y a la sinagoga que a la iglesia. Entre los acuerdos del IV concilio de Letrán (1215) figuran los de obligar a los sarracenos y judíos de ambos sexos a usar un distintivo en sus trajes, a habitar en barrios separados de los cristianos y a pagar diezmos y demás cargas eclesiásticas por las heredades que de éstos adquirieran, prohibiéndoles ejercer cargos públicos ¹.

De conformidad con Fernando III, se dirigió el arzobispo Jiménez de Rada al Pontífice para exponerle los graves trastornos que causaría la aplicación de esos acuerdos, cuya suspensión temporal respecto a los hebreos consiguió el prelado toledano en 1219, fundada en la «oposición de los judíos a dicha orden, pues la resistían hasta preferir pasarse a tierra de moros o urdir conjuraciones contra el poder real, turbando la paz pública». Debería aguardarse a coyuntura en que fuera posible exigir su cumplimiento sin peligro de la tranquilidad del reino. Las rentas reales provenían en su mayor parte de contribuciones judías ².

Jiménez de Rada interpretó originalmente las disposiciones del concilio, adaptándolas a la realidad española, en un convenio hecho también en 1219 con los judíos de su diócesis, ratificado y confirmado por Fernando III, según el cual el arzobispo prometía defenderlos y ayudarlos en lo que fuese posible, *secundum Deum et honestatem suam* ³.

La interpretación de don Rodrigo fué tan amplia como para permitirle en alguna ocasión, por ejemplo, en el año 1246, que el judío Abū-l-Hasan Benjamín ben Abū Ishāq el Barcelonés actuase como administrador de las casas del cabildo toledano, al mismo tiempo que judíos representaban al convento de monjas bernardas de San Clemente de Toledo en esta ciudad y en Talavera ⁴.

¹ Fernández y González, *Estado social y político*, pp. 83-84.

² Serrano, *Don Mauricio*, pp. 36 n. (2) y 53. Se trataba de evitar graves conflictos al rey, *cuius proventus in iudeis ipsis pro magna parte consistunt*, si cumpliendo su amenaza, emigraban. (Fidel Fita, *Historia hebrea. Documentos y monumentos inéditos*, 9, apud BRAH, XVI, 1890, p. 574).

³ Arch. Cat. Toledo, I, 7-1-1 (*El Fundador de la Catedral de Toledo*, por Eduardo Estella Zelaya, Toledo 1926, pp. 96-97).

⁴ González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, vol. prel., p. 174; vol. II

También los reyes, hasta los más piadosos, siguieron utilizando a infieles para misiones y cargos de confianza.

En una bula de 1220 el Papa ordenaba al obispo de Burgos don Mauricio intimase a Fernando III en nombre de la Santa Sede para que se abstuviera de nombrar a personajes judíos como embajadores suyos cerca de los príncipes moros, pues faltaban a la fidelidad debida a sus soberanos en el desempeño de esos cargos, y causaban daños graves al nombre cristiano, traicionando sus derechos con perjuicio del avance de la Reconquista. El Papa escribió en igual sentido al rey de Castilla, a los de León, Navarra y Aragón, a don Rodrigo Jiménez de Rada y al obispo de Palencia. En la carta a este último le incitaba para que procurase persuadir a los monarcas españoles de la conveniencia de que judíos y moros llevasen un distintivo que los diferenciase de los cristianos, al mismo tiempo que condenaba explícitamente cualquier género de violencia ejercido sobre los infieles para imponerles el bautismo o estorbar la celebración de sus fiestas ¹.

Algunos años después, en 1233, protestaba Gregorio IX, en una circular a los obispos castellanos, «de la insolencia con que los judíos vivían entre los cristianos, así como de las deshonoras por ellos inferidas a la causa de la fe». No obstante la prohibición promulgada en el concilio IV de Letrán, se confería a los israelitas cargos públicos, que utilizaban para imponer a los cristianos resoluciones y prácticas contrarias a la religión. En vista de estos hechos, dice escribir al rey para que llevase a cabo la más completa separación de viviendas entre judíos y cristianos,

(Madrid 1926), docs. n.ºs 432, 442 y 574, pp. 40, 48-49 y 156-157; vol. III (Madrid 1928), doc. n.º 913, pp. 189-190. En 1352 el cabildo de la catedral de Toledo arrendó el cobro de sus diezmos al judío don Mayr Abenhamias. En las cortes de Ocaña de 1469 los procuradores denunciaban al monarca el incumplimiento de las leyes que prohibían a judíos y moros ser arrendadores y cogedores de pechos y tributos: «vemos que las dichas leyes no se guardan; antes vemos que los oficios principales de almozarifadgos e recaudamientos de vuestras rentas e pechos e derechos los tienen judíos... E aun se faze en vuestros reynos otra peor cosa, que muchos perlados e otros clérigos arriendan sus rentas e diezmos... a judíos e moros, e entran en las iglesias a partir los diezmos e las ofrendas, en grand ofensa e ynjuria de la Iglesia».

¹ Fernández y González, *Estado social y político*, p. 84.

facultando a los prelados para fulminar censuras eclesiásticas contra los fieles que sostuvieran relaciones de cualquier clase con los hebreos ¹.

Clemente V y el concilio de Viena prohibieron en 1311 a los sarracenos sometidos las invocaciones públicas a Mahoma y las romerías a los sepulcros de los santones.

Los concilios nacionales seguían, como es natural, las disposiciones pontificias, aunque no cabría duda a los prelados españoles sobre la imposibilidad de cumplir algunas. En el concilio de Valladolid de 1322, como remedio a los males que trabajaban la iglesia y la nación española, proveyeron los prelados reunidos en él: Que se prohibiese la asistencia de los judíos y sarracenos a los templos, sobre todo durante el oficio de la misa, después del prefacio y en las vigiliass nocturnas. Que se alejaran los cristianos de los sitios donde celebraban sus fiestas de bodas y ritos mortuorios. Que se renovasen las censuras contra el nombramiento de infieles para cargos públicos en el pueblo cristiano. Se reiteró la prohibición de comer con los sarracenos y aun el de valerse de sus servicios en las enfermedades, utilizándolos como médicos, boticarios y alfagemes ².

Una vez más, señal clara de su general incumplimiento, el concilio de Salamanca de 1335 insistía respecto a la última prohibición: *statuimus ut nullus Christianus, clericus vel laicus, in firmitatibus vel etiam convalescentia, aliquandum sarracenum seu Haebreum vocet, ut ab eis medicinam recipiat*.

El concilio palentino de 1388 reiteró a judíos y sarracenos la obligación de vivir en sus cercados y guardar las fiestas de los católicos. Enérgicamente previno la separación en morerías y juderías, residencia habitual de los infieles, que podrían tener tiendas y establecimientos en el resto de la ciudad para la venta de sus mercancías.

Aún poco antes de mediar el siglo XV, físicos judíos asistían en sus dolencias a las monjas de los conventos de Brihuega, y orquestas de moros, como más adelante se dirá, concurrían a

¹ Serrano, *Don Mauricio*, pp. 53, 77 y 85.

² Fernández y González, *Estado social y político*, p. 207.



las ceremonias religiosas católicas, entre ellas a la procesión del Corpus.

Es conocida la actitud de los extranjeros en la Península, escandalizados ante la estrecha convivencia de cristianos e infieles, en la que tan sólo veían abandono y traidor compromiso. Una de sus primeras manifestaciones, de ser cierto el episodio, fué el de la consagración al culto católico de la mezquita mayor de Toledo, en ausencia de Alfonso VI, con incumplimiento del pacto de entrega de la ciudad, por obra de la reina Constanza y del arzobispo don Bernardo de Sédirac, franceses ambos.

Don Miguel de Unamuno señaló hace medio siglo cómo en la *Chanson de Roland*, y en las canciones de gesta francesas, los caballeros hacen la guerra lo mismo que si fuera un juicio de Dios, exterminando a los infieles que seguían la ley de Mahoma, con los que no era obligado respetar los pactos. En la canción citada, conquistada Zaragoza por Carlomagno, entran sus soldados en mezquitas y sinagogas, y al que se niega a hacerse cristiano lo cuelgan, matan o queman ¹.

A este sentir respondía la actitud de los ejércitos extranjeros llegados a la Península a colaborar en la lucha contra el islam. En la toma de Barbastro por los francos en agosto de 1064, rendidos los sitiados con la condición de ser respetadas sus vidas, el duque Guillermo VIII de Aquitania, general de los cristianos, violando la capitulación, mandó matar 6.000 moros al salir de la ciudad. Torturaron a otros para arrancarles los últimos tesoros que trataban de ocultar, y violentaron a las mujeres ¹.

¹ Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* (Buenos Aires 1943), p. 98, n. 1. Don Ramón Menéndez Pidal también ha subrayado el trato durísimo que en la *Chanson de Roland* se da a los enemigos de la fe, conminados con la conversión o con la muerte, frente al trato benévolo del *Poema del Cid*. (*Castilla, la tradición, el idioma* [Buenos Aires 1945, p. 161].

² Menéndez Pidal, *La España del Cid*, I, pp. 164-165. En la reconquista de Lisboa en 1147, los flamencos y alemanes que a ella contribuyeron violaron las cláusulas de la capitulación, entregándose a los peores excesos; el hecho ha sido recordado recientemente por R. Ricard, *Episcopus et cadi; l'évêque mozarabe de Lisbonne* (1147), en *Rev. Moyen Age Latin*, VII, Estrasburgo 1951, pp. 111-122.

Un mozárabe toledano dejó constancia dolorida en los *Anales I^{os}* de esa ciudad de cómo los ultramontanos, llegados a ella en la primavera de 1212 para la cruzada contra los almohades, mataron muchos judíos, defendidos por los caballeros toledanos, y arrasaron la Huerta del Rey y el Alcardet ¹.

Ya en plena campaña, los francos, acostumbrados al saqueo y exterminio de las poblaciones albigenes, conquistaron Malagón, matando a todos sus defensores, y, unidos a las tropas de Castilla y Aragón, cercaron Calatrava. Los sitiados ofrecieron rendirse y entregar la plaza si les dejaba marchar libremente. Al otorgárselo Alfonso VIII, la mayoría de los extranjeros, indignados, padecidos también por enfermedades, el calor de la Mancha y la escasez de víveres, abandonaron la empresa, regresando a su país no sin cometer tropelías al pasar por Castilla ².

Hay un testimonio, contemporáneo de las expulsiones de judíos y moros no convertidos, de valor inapreciable como exponente de la actitud extranjera ante ellas. Cuenta el flamenco Antonio de Lalaing, señor de Montigny, chambelán de Felipe el Hermoso, con el que vino a la Península, que en el mes de mayo de 1501, estando dicho príncipe en Toledo con los Reyes Católicos, y advertido de la multitud de moros que había en España, preguntó por qué se les toleraba. Al contestarle que a causa de los grandes tributos que pagaban — un ducado de oro por año, ya fuese hombre, mujer o niño —, Felipe insistió tanto en la desproporción entre ese beneficio y el daño mucho mayor que algún día podrían causar, que sus palabras *entrèrent eus oreilles de la royne*. Y para complacer a su yerno, y comprendiendo que tenía razón — refiere el chambelán —, dispuso que en el término de los cuatro o cinco meses siguientes se bautizaran o salieran del reino ³.

¹ *Esp. Sagr.*, XXIII, pp. 395-396.

² Muy atinados comentarios sobre estos hechos hace Marcelin Defourneaux, en su obra reciente *Les français en Espagne au XI^e et XII^e siècles* (Paris 1949), pp. 34, 145-146 y 186-191.

³ «Collection des voyages des souverains des Pays-Bas», publicada por M. Gachard, *Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501*, por Antoine de Lalaing,

El mismo señor de Montigny, al relatar el viaje que, acompañando a Felipe el Hermoso, hizo en octubre de 1502 a Francia por Zaragoza y Lérida, se muestra escandalizado de que las aldeas y pueblos de Aragón por los que pasaron estuviesen llenos de moros, que no querían expulsar el rey ni los señores por la razón económica dicha. Algunos de los pajes del séquito destruyeron en el interior de la mezquita de Ariza las lámparas y todo lo que en ella había ¹.

Cuéntase que preso el rey Francisco I, después de la batalla de Pavía, en el castillo de Benisanó, lugar de moros, extrañóse de que éstos trabajasen en días festivos, y, desvelado e incómodo por su continua algarabía, afeó al Emperador los tolerase en sus estados ².

«Jesucristo no quiere servicio forzado».

La España medieval mantuvo siempre la doctrina de la Iglesia católica contraria a la conversión por la violencia, explícitamente enunciada por San Isidoro y los concilios de Toledo. Más tarde condenó el imponerla en esa forma el arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada, afirmando que hacerlo así no era *secundum scientiam*.

Glosan la misma idea extensamente *Las siete partidas* de Alfonso el Sabio: «Por buenas palabras e convenibles predicaçiones deven trabajar los cristianos de convertir a los moros, para hacerles creer la nuestra fe e aduzirlos a ella, e non por fuerza nin por premia, ca si voluntad de nuestro Señor fuesse de los aduzir a ella o de gela fazer creer por fuerza, él los apremiaríe si quissiese, que ha acabado poderío de lo fazer; mas él non se paga del servicio quel fazen los omes a miedo, mas de aquel que se faze de grado e sin premia ninguna: e pues él non los

señor de Montigny (Bruselas 1876), p. 225. La pragmática real es de fecha de 11 de febrero de 1502.

¹ *Ibidem*, p. 238.

² Janer, *Condición social de los moriscos*, p. 25, n. 2.

quiere apremiar nin fazer fuerza, por esto defendemos que ninguno non los apremie, nin les faga fuerza sobre esta razón» ¹. Nobles palabras glosadas por don Juan Manuel en su *Libro de los Estados* al decir que «Jesucristo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca él non quiere servicio forzado, sinon el que se face de buen talante et de grado» ².

En 1279 Pedro III de Aragón se dirigía a la aljama judaica de Huesca, advirtiéndole a sus miembros que estaba prohibida a los frailes predicadores y menores usasen de la amenaza o la violencia para lograr conversión, encargando a los israelitas no proferir palabras insultantes para la fe y los frailes. A los del convento de menores recomendaba el monarca que procurasen la conversión de los judíos por la persuasión, no por la amenaza ³.

En el siglo XIV el franciscano Eximeniç se declaraba enemigo de las conversiones forzadas, reconociendo derechos a los judíos e infieles, principalmente los de propiedad y libertad ⁴.

Después del saqueo de la aljama judaica de Burgos, sus miembros, acogidos en las casas de algunos buenos cristianos, no se atrevían a regresar a las suyas. Solicitado por ellos, Enrique III se dirigía en 1392 al concejo y autoridades de la ciudad, mandándoles «non consintades que alguno ni algunos, asy de los cristianos como de los conversos, les fagan alguna synrasón ni los premien y que se tornen christianos contra su voluntad, nin consintades a algunos faser levantamiento de común contra ellos, q. non manda ni consiente nuestra ley q. alguno sea tornado a la fe católica por fuerça e contra su voluntad» ⁵.

¹ Part. VII, tít. XXV, ley II. En la ley VI emplea casi las mismas palabras respecto a los judíos, que se deben tornar cristianos «con buenos exemplos, et con los dichos de las santas escripturas, et con falagos los deben los cristianos convertir a la fe de Nuestro Señor Jesucristo».

² Cap. XXX, p. 294 (*Escritores en prosa anteriores al siglo XV, Madrid 1884*, Rivadeneyra).

³ R. del Arco, *La aljama judaica de Huesca* (Sefarad, VI, 1947, p. 279).

⁴ Crestiá, I, 2ª, c. 166-170.

⁵ Cantera, *La judería de Burgos* (Sefarad, XII, pp. 80-81).

En 1499 suscribían los Reyes Católicos una carta al cadí mayor de la Garbía, en la que le aseguraban que «nuestra voluntad nunca fué, ni ha sido, ni es, que ningún moro torne cristiano por fuerza» ¹.

Estas mismas razones decía Pedro Mártir de Anglería, embajador de dichos monarcas, al soldán de Egipto: en la ley cristiana de los reyes de España «no hera permitido que ninguno pudiese traer a ella a otra persona por fuerça ni por miedo» ². Fué fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, al que los moros llamaban «el santo alfaquí», representante máximo de la tendencia a propagar la fe católica por la persuasión, excluía toda violencia.

Eco tardío de esta doctrina aparece en un Memorial dirigido en 1624 por el Contador del Real Consejo de Indias, Pedro López de Reino, a Felipe IV, declarándose enemigo de las guerras de Flandes: «Si por ampliar y extender la fe lo hacemos, mucho más hay donde esto se puede obrar en esas tan extendidas regiones de África, más cerca de nuestra tierra, donde hay tan gran multitud de infidelidad..., que Cristo no mandó que nadie entrase en su ley a fuerza de artillería, picas y mosquetazos» ³.

Convivencia e integración.

De las páginas anteriores dedúcese la cordial convivencia existente en la Edad Media entre cristianos y musulmanes sometidos, a pesar de los odios que parece debía de haber engendrado la lucha casi constante de las gentes de ambas religiones por la posesión del suelo hispánico. Los mudéjares, de humilde condición, laboriosos y sufridos, consagrados en su inmensa mayoría a la agricultura y a los oficios manuales, vivían mezclados con

¹ Félix Llanos Torriglia, *La Reina Isabel*, seg. edic. (Barcelona 1949), p. 230.

² Alonso de Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo, I (Sevilla 1951), cap. LXV, p. 270.

³ Ms. E 156/1.092, Bib. Nac., según cita de José Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*, seg. edic. (Madrid 1943), p. 157.

los cristianos, sin despertar envidias ni recelos, conservando cada cual su creencia religiosa y su propia legislación ¹.

La marea de la Reconquista los dejó aislados de su civilización originaria, sin posibilidades de renovación, al emigrar a tierra islámica los elementos directivos y culturales. Protegidos por los monarcas cristianos ², los moros sometidos les demostraron siempre singular lealtad, constituyendo un elemento pacífico y trabajador, de estabilidad social. Tan sólo al finalizar el siglo XV comenzó, como se dijo en páginas anteriores, el recelo y la animadversión de las gentes del pueblo contra mudéjares primero y moriscos después, en aumento durante el siglo XVI hasta llegar a la expulsión de los últimos, medida popular entonces.

De esa atmósfera social de convivencia, excepcional en la Edad Media, destacaré como resumen algunos hechos expresivos que acabarán de caracterizarla, extraídos varios de la vida religiosa, en la que la separación y el recelo parece deberían ser más extremados que en cualquier otro sector.

Aunque no se refiere a los mudéjares, sino a los judíos, merece recordarse que los caudales de éstos contribuían a erigir y mantener templos cristianos y casas monásticas. Felipe III de Francia (1276-1282) ordenó a los israelitas de Estella y Tudela concediesen un plazo al monasterio cisterciense de La Oliva, no apremiándole ³: el dinero prestado sería para la terminación de la iglesia y dependencias conventuales. A principios del siglo XIV el cabildo de la iglesia mayor de Santa María de Teruel reconstruyó la cabecera del templo con dinero facilitado por la poderosa y rica aljama judaica de esa ciudad ⁴. El monasterio rio-

¹ Excepcionales fueron los asaltos y saqueos sufridos por la morería de Valencia en 1309 y 1455.

² Sobre la protección de los monarcas aragoneses a sus súbditos moros, véase *Condición social de los mudéjares aragoneses*, por Francisco Macho Ortega, apud *Mem. de la Fac. de Filosofía y Letras*, Univ. de Zaragoza, I (Zaragoza 1923), pp. 167-168.

³ A. G. N., Cartulario Magno II, p. 180 ç. El doc. ha sido publicado por Antonio Ubieto Arteta, *Mandatos navarros de Felipe III el Atrevido, rey de Francia* (*Est. de Edad Media de la Corona de Aragón*, IV, Zaragoza 1951, p. 670).

⁴ Leopoldo Torres Balbás, *La iglesia de Santa María de Mediavilla, catedral de Teruel* (*Arch. Esp. de Arte*, XXVI, 1953, pp. 92-93).

jano de San Millán de la Cogolla, siempre en deplorable situación económica, hubo en 1386 de pedir 10.000 maravedís prestados al judío don Varón de Logroño para pagar la annata a Clemente VII¹.

Recordemos que los monasterios de dueñas bernardas de San Clemente de Toledo y de las Huelgas de Burgos explotaban baños en los siglos XII y XIII, y que el último construyó unos nuevos; que en el burgalés había importante grupo de oficiales moros horros, viviendo dentro de sus muros, practicando su culto en la mezquita de la ciudad y protegidos por las monjas²; asistidas en sus dolencias por físicos judíos. Judíos también representaban al convento toledano en el siglo XIII³.

Un edicto o provisión de 1436 del chantre de la iglesia de Sigüenza y visitador del arzobispado de Toledo Mateos Sánchez revela, al mismo tiempo que el incumplimiento de las disposiciones aisladoras, aun por las gentes más obligadas a acatarlas, el clima de compenetración y armonía reinante en Brihuega, seguramente no exclusivo de ella. Al visitar el chantre la villa alcarreña halló que, contra lo dispuesto en las ordenanzas reales y constituciones sinodales, «públicamente tienen judíos e moros sirvientes en ssus casas xristianos e xristianas, comen e beuen con ellos continuamente de sus viandas, e que judíos e moros físicos e carpenteros entran en monesterios de dueñas sin xristiano alguno a ellos acompañado, e esso mesmo que los dichos judíos e moros son procuradores e abogados contra xristianos, lo qual es en escándalo de la fe cristiana». El edicto de amonestación se leería en las iglesias de Santa María de la Peña y de San Felipe y en la sinagoga y mezquita de Brihuega⁴.

¹ *El Monasterio en la vida española de la Edad Media*, por fray Justo Pérez de Urbel (Madrid 1942), p. 111.

² Ac. Ay. Burg., año 1429, f° 56 y 100, según Serrano, *Los conversos*, pp. 94-95.

³ González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, II, docs. nos 432, 441, 442 y 448, pp. 40, 48-49 y 52-53.

⁴ El doc. estaba en posesión de don Juan Catalina García, que lo publicó en *El Fuero de Brihuega*; reprodujolo Antonio Pareja Serrada, *Brihuega y su partido* (Guadalajara 1916), pp. 142-143.

Juglares sarracenos intervenían en las ceremonias del culto católico. Los obispos castellanos, reunidos en concilio en Valladolid en 1322, condenaron con la pena de excomunión y privación de sepultura eclesiástica a los fieles que los llevasen a cantar y tañer en las ceremonias de las iglesias, prueba de que era costumbre bastante generalizada ¹.

Infieles siguieron tomando parte ruidosamente, según antiquísima costumbre, en las ceremonias religiosas fúnebres, pues Alfonso XI, en el *Ordenamiento* de 1337, encargó que no hicieran «llanto por él, más de cuando el cuerpo sea encomendado, et después que lo non fagan ni trayan y moras nin judías para facer llanto al enterramiento, nin a los nueve días, nin al cabo de un año» ².

No acostumbraba nadie asistir a los lugares de culto, cuando éste se celebraba, no siendo de su credo, pero sí cuando tenían lugar en ellos asambleas o juntas de carácter civil ³.

Más amplio era el criterio para las fiestas celebradas en la vía pública. El concejo madrileño acordó en 1481 solemnizar el día del Corpus con mayor rica pompa que hasta entonces, previniendo «que de todos los oficios de la villa saquen cada oficio sus juegos con representación honesta lo más honradamente que ellos pudieren, e si algún oficio fuere pequeño, que se junten dos oficios para sacar un juego», y mandando a la vez que «los moros e los judíos saquen el dicho día, los moros sus juegos e danzas, e los judíos su danza» ⁴.

No era sólo en Madrid en donde los infieles contribuían al mayor esplendor de la procesión del Corpus. En Tarazo-

¹ El hecho ha sido evocado por don Ramón Menéndez Pidal, *España como eslabón entre el cristianismo y el islam*, apud *Rev. del Inst. Egip. de Est. Islámicos*, número prim., año prim., Madrid 1953, p. 7.

² Leyes 30 y 31 (Claudio Sanz Arizmendi, *Organiz. social de Sevilla en el reinado de Alf. XI*, Sevilla 1906, p. 56).

³ Sanz Artibucilla, *Tarazona en el año 1375*, pp. 20-21. En 1440 el obispo de Burgos don Alfonso de Cartagena autorizó a los judíos de la ciudad entrasen en la catedral a tratar de asuntos civiles o religiosos, salvo mientras se cantase la misa mayor o se celebrasen procesiones (Serrano, *Los conversos*, pp. 200-201).

⁴ Fidel Fita, *La judería de Madrid en 1391* (BRAH, VIII, 1896, páginas 464-465).

na — y probablemente en otros lugares — músicos moros asistían a ella a fines del siglo XV y «guardaban los máximos respetos a la liturgia de los cristianos, del mismo modo que éstos se los guardaban a ellos en la comida (o merienda) que después celebraban todos juntos» ¹.

En el antiguo reino granadino las tradicionales músicas moras, a cargo de los conversos, es decir, de moriscos, contribuían a la pompa del culto católico. El arzobispo Talavera, según el morisco Francisco Núñez Muley, quería que las zambras (bandas de músicos) acompañasen al Santo Sacramento en las procesiones del Corpus Christi y otras fiestas de la Iglesia, «donde concurrían todos los pueblos a porfía unos de otros, cuál mejor zambra sacaba; y en la Alpuxarra, andando en la visita, quando dezía missa cantada, en lugar de órganos, que no los avía, respondían las zambras, y le acompañaban de su posada a la yglesia» ².

La convivencia diaria de moros y cristianos daría lugar a uniones, legales unas, mediante la conversión de musulmanes de ambos sexos, ilegales muchas. Si al tálamo de Alfonso VI llegó la nuera de al-Mu'tamid de Sevilla, infanzones y pecheros no tendrían mayores escrúpulos que ese monarca en recibir en los suyos a musulmanas. El español en este aspecto ha tenido y sigue teniendo una amplitud grande de criterio y, sin miedo a contaminaciones raciales, ni a crear mestizajes, se ha unido a mujeres de todas las razas y condiciones. Con un criterio más amplio que el que el arcipreste de Hita, invocando desenfadadamente la autoridad de Aristóteles, supone para segundo móvil del trabajo humano — después del de alimentarse — el español ayuntóse en todos los climas con «fembra», aun sin ser «placentera», al no encontrarla provista de tan amable condición. Cualquiera *fundaq* o alhóndiga mora de Tetuán, en el que hoy conviven íntimamente mezcladas gentes humildes del campo andaluz con indígenas marroquíes, es estampa renovada de nuestra vida medieval ³.

¹ José María Sanz, *Alarifes moros aragoneses (Al-Andalus, III, 1835, p. 66, nº 3)*,

² Mármol, *Historia del rebelión y castigo*, I, p. 157.

³ Las relaciones íntimas de moros y judíos con cristianos se castigaban con

Gentes de modesta condición los moros mudéjares, su conversión individual y asimilación consiguiente apenas dejaron huellas. Citaré algunas conservadas, no ya en los rincones, sino en los zaquizamíes de la historia, por estimarlas expresivas de hechos que aislados carecen de interés, pero reunidos pueden tener alguna significación.

Un documento del monasterio de Sobrado de fines del siglo XI relata, en forma detallada, cómo todos los siervos sarrazenos de su propiedad se fueron convirtiendo a la fe de Cristo y casando con gallegos y gallegas. Entre ellos los había pedreros, herreros, peleteros, tejedores, horneros, carpinteros, vidrieros. Al convertirse adoptaron nombres cristianos, con lo que al cabo de poco tiempo, olvidados sus orígenes, quedarían fundidos con el resto de la población ¹.

Los siervos musulmanes, propiedad de muchos monasterios y de no pocas iglesias, seguirían el mismo camino. En las villas y ciudades en las que los moros mudéjares no formaban grupos numerosos y compactos, la convivencia y el trato continuo con los cristianos, la conversión sincera unas veces y la de conveniencia otras, así como las uniones con cristianos y cristianas, facilitarían la labor asimiladora.

Los folios de un pleito que tuvo lugar en Toledo hacia 1400 han conservado la memoria de la conversión al cristianismo de dos de las hijas de una doña Fátima, poseedora de gran-

la hoguera; a pesar de ello debían de ser frecuentes. Fernando IV se dirigía en 1300 a los pobladores de Niebla para decirles que, como en el «libro del vuestro fuero non había ley ninguna en razón de los adulterios que facen los moros e los judíos con las cristianas, tengo por bien que como usan en Sevilla en fecho de los adulterios que usedes así en Niebla, e lo metades en vuestro libro» (Antonio Benavides, *Memorias de don Fernando IV de Castilla*, II [Madrid 1860], colec. dip. CLV, pp. 210-211). En los archivos valencianos abundan los documentos referentes al comercio sexual de cristianos de ambos sexos con infieles, castigados con penas mucho menos severas (Roca Traver, *Un siglo de vida mudéjar en la Valencia medieval*, apud *Est. Edad Media Cor. de Aragón*, V, pp. 139-140 y 160-161).

¹ *Documentos para la Historia de las instituciones de León y Castilla* (siglos X-XIII), colecc. por Eduardo de Hinojosa, doc. nº XXVIII, pp. 43-45. El doc., del Cart. del mon. de Sobrado, fols 50 r-51 r, fué publicado también por Godoy Alcántara, *Ensayo histórico*, pp. 244-248.

des riquezas, y del moro don Lope, alcalde de los mudéjares toledanos. Doña Fátima estuvo en la corte al servicio inmediato de don Enrique II y de su mujer la reina doña Juana. Una de esas dos hijas ingresó en un convento con el nombre de doña María González, y la otra adoptó el de Catalina Ferrández y casó con un caballero cristiano ¹.

A principios del siglo XV, según un buen conocedor de los archivos toledanos, era frecuente la conversión en esa ciudad de hijos de moros al cristianismo; por tal hecho quedaban desheredados. Conversa fué doña Juana Rodríguez, hija de una mora de significación llamada doña Fodox; otra mora, doña Marioca, dejó dos hijas cristianas, Inés Alfonso y Leonor López, esta última brosladora o bordadora en la casa del rey.

El célebre yesero Gonzalo Díaz era hijo de moros, lo mismo que otro Aparicio, cristiano, hijo del maestro yesero Abdalá. Padre de un famoso cuchillero toledano, Diego López, fué el maestre moro Aly, del mismo oficio ².

De una pragmática de los Reyes Católicos de 1502 — el 11 de febrero del mismo año dictaron otra obligando a los moros de Castilla y de León a abjurar el islamismo o a abandonar España — parece deducirse que en buena parte los burgaleses abrazaron el cristianismo y nutrieron el grupo de ropavejeros ³.

En marzo de 1502 «los moros de Teruel se bolvieron todos cristianos, y la mezquita hicieron yglesia y llamaron Sant Bernat, y ya antes en el anyo 1495 abían tomado la mezquita que tenían junto al Estudio y l'abían hecho yglesia de la Trinidad, y en el mismo anyo se bolvieron cristianos todos los moros de Albarracín» ⁴. El agente principal de estas conversiones parece haber sido un alfaquí de Teruel, llamado de cristiano maestre Juan

¹ Narciso Esténaga Echevarría, *Condición social de los mudéjares en Toledo durante la Edad Media* (Bol. de la R. Acad. de Bell. Artes y Cienc. Hist. de Toledo, t. V, año VI, 1924, pp. 17-19).

² *Ibidem*, p. 22.

³ Cantera, *La judería de Burgos* (Sefarad, XII, p. 103).

⁴ «España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia», *Aragón*, por don José María Quadrado (Barcelona 1886), p. 633 n. (1).

Gabriel¹. En enero de 1526 se obligó a los moriscos de Aragón a convertirse o salir de España. A partir de esa fecha, en los contratos conservados, a los nombres árabes de los artistas sustituyen otros del santoral. Los moros conversos Farache Castellano y Brahe Meçot llamábanse en ese mismo año de 1526, al ser nombrados peritos de la obra de la portada plateresca de Santa María de Calatayud, Gabriel y Juan, respectivamente².

Desde 1530, en la documentación de Tarazona aparecen con nombres cristianos los artistas que antes los llevaban islámicos. En ese año retejaron la iglesia de la Magdalena Antón Berroz y Carlos de Cat, éste antes Hamet de Cat. A partir de la misma fecha Ibray de Vera empieza a figurar en las cuentas de la catedral como Dionisio de Vera y, ya solo, ya con sus hijos, sigue ocupándose de las obras del citado templo, junto a pintores, entalladores, fusteros, rejeros, etc. Un Mahoma Margüa, maestro de casas, que en unión de Mahoma Malón contrataba en 1500 la obra del matadero público de Tarazona con su concejo municipal, en 1535 había mudado su nombre por el de Miguel³.

Mahoma Monferriz, o Muferriz, uno de los moros que de 1504 a 1520 intervinieron en la construcción de la Torre Nueva de Zaragoza, llamábase en 1526, ya bautizado, Jerónimo, y labraba, en unión de Juan Botero y Pedro López, una capilla en la Magdalena de Zaragoza para don Juan de Paternoy.

Antes de mediar el siglo XVI, los representantes de la familia mora de los Galí, en la que el Rey Católico había vinculado el maestrazgo de la Aljafería, se llamaban Jerónimo y Juan de Galí; este último era arquitecto del arzobispo don Fadrique de Portugal⁴.

¹ Del ms. de Juan Martín Figuerola, *Lumbre de la fe contra la secta mahometana*, citado por F. Guillén Robles, *Leyendas de José, hijo de Jacob y de Alejandro Magno* (Zaragoza 1888), p. LXVI.

² Salvador Amada Sanz, *Estudio histórico-artístico de la portada y puertas de la Colegiata de Santa María de Calatayud* (Bol. de la Soc. Esp. de Exc., LI, Madrid 1947, pp. 183 y 208-209).

³ Sanz, *Alarifes moros aragoneses* (Al-Andalus, III, pp. 67-72 y 83-85).

⁴ Manuel Abizanda Broto, *Docs. para la historia artística y literaria de Aragón*, I (Zaragoza 1915), p. 226; II (Zaragoza 1917), pp. 348-349 y 383.

Los descendientes de todos esos artistas y artesanos conversos, viviendo en un ambiente urbano, y colaborando desde hacía siglos con los cristianos para los que trabajaban en la construcción y decoración de iglesias, serían gentes totalmente integradas en la sociedad cristiana a las que no afectó la expulsión del siglo XVII ¹.

Tras de hechos históricos espectaculares, de resonante dramatismo, ocurridos en un momento determinado, como son las grandes batallas de la Reconquista y la expulsión de los últimos residuos no asimilados, de los judíos en 1492 y de los conversos moriscos en 1610, quedó en la penumbra y casi olvidada la cotidiana y multiseccular integración de unos y otros en la sociedad cristiana. Cristianos, moros y judíos fueron laboriosos obreros forjadores de la España medieval, patria común de todos ellos. De manera perfecta se completaban las especiales características y cualidades de los fieles de las tres religiones, fraternalmente unidos casi siempre en el vivir diario. Si no presumir ingenuamente, como muchos de nuestros antecesores en los siglos XVI y XVII, de limpieza de sangre, los españoles de hoy podemos reivindicar la riqueza de la que corre por nuestras venas, formada por tan variadas aportaciones.

¹ Según tan excelente investigador de los archivos de Tarazona como fué el erudito canónigo de su catedral don José María Sanz, en las obras religiosas del obispado siguieron trabajando después de 1610 los mismos operarios que en los años inmediatamente anteriores, es decir, la expulsión no alcanzó a los muchos que serían cristianos nuevos.

A P É N D I C E

*Noticia biográfica sobre don Armando
Cotarelo Valledor.*

Nació en Vega de Ribadeo en 1880. Obtuvo en sus estudios abundantes premios.

No cumplidos los veinte años (1900) era doctor en Filosofía y Letras y había publicado, en tirada especial, el artículo que en la revista *La Juventud Escolar* consagró a unos breves apuntes biográficos sobre don Francisco Codera y Zaidín.

Cuatro años después, en 1904, ganó por oposición la cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Santiago, a la que acumuló en 1919 la de Teoría de la Literatura y de las Artes. En 1908 fué nombrado Decano de su Facultad y en 1924 Vicerrector de la Universidad compostelana. Desde el año siguiente, por acuerdo de su Claustro, dió un curso público de Lengua y Literatura gallegas, disciplinas muy de su predilección.

Desempeñó la secretaría general de la Exposición Regional Gallega de 1909. Constante fué su colaboración en varios periódicos y revistas.

La Real Academia Española le concedió por unanimidad en 1911 el premio del Duque de Alba por su *Estudio crítico del teatro de Cervantes*. La Real Academia de la Historia, de la que era correspondiente desde 1914, otorgóle, también por voto unánime dos años después, el premio Santa Cruz por su biografía de Alfonso III el Magno.

En 1929 ingresó como académico numerario en la Real Española, de la que fué nombrado censor en 1944. Nombrado en 1942 de la Real Academia de la Historia, tomó posesión dos años después. Fué secretario perpetuo del Instituto de España. Su fallecimiento tuvo lugar el 8 de diciembre de 1950.

El catálogo de sus publicaciones, con 76 títulos, se insertó en las pp. 10-15 del tomo CXXVIII, año 1951, del *Boletín de la Real Academia de la Historia*.